

I

Los aborígenes

1. ORIGEN Y SIGNIFICADO DEL CONCEPTO DE ABORÍGENES

Fuit enim gens antiquissima Italiae. Con estas palabras define a los aborígenes el anticuario latino Verrio Flaco, a través del epítome que conocemos de su obra¹, reflejando una impresión muy generalizada en las fuentes literarias sobre la gran antigüedad de este pueblo. Aunque el texto menciona a Italia, y no es ésta la única ocasión en que los aborígenes son referidos al conjunto de la península², se trata realmente de una extensión a partir del Lacio, pues en líneas generales las tradiciones que pueden recogerse sobre estas gentes las relacionan casi exclusivamente con la región latina³. Incluso en algunas fuentes se quiere especificar con mayor precisión el territorio que *stricto sensu* correspondía a los aborígenes, según se deduce de Cicerón cuando alude a que Rómulo disponía de suficientes recursos *ut in agrum Rutulorum Aboriginumque procederet*⁴. En este caso parece limitarse la presencia aborígen a la región laurentina, sugiriendo por tanto una identificación con los laurentes, sin duda porque en la

¹ Paul. Fest., 17L.

² Por ejemplo, Catón, fr. 5 P = fr. I.6 Ch (= Serv., *Aen.*, 1.6): *primo Italiam tenuisse quosdam qui appellabantur Aborigines*; Iust., 43.1.3: *Italiae cultores primi Aborigines fuere*; Tzet., *In Lyc. Alex.* 1253: οἱ Ἴταλοὶ πρῶτον Ἀβορείγνες ... ἐκαλοῦτο.

³ Véase A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, Tübingen, 1853, vol. I.1, p. 198: «Die vorhistorischen Bewohner Latiums werden in der Regel Aboriginer genannt», con referencia a las fuentes.

⁴ Cic, *Rep.*, 2.3.5.

creación historiográfica de este legendario pueblo hubo una destacada participación de Lavinium. Sea como fuere, los aborígenes se localizan en el Lacio y en no pocas ocasiones, sobre todo por parte de los historiadores griegos, Roma es la principal destinataria de las tradiciones relativas a este pueblo.

Pero esta unanimidad geográfica se quiebra cuando se trata de ver si los aborígenes fueron o no los primeros habitantes del Lacio, naciendo al respecto una división entre los que defienden la autoctonía y otros que creen que su presencia en la región es el resultado de una migración. Pero incluso entre estos últimos no existía un total acuerdo, pues según recoge Dionisio de Halicarnaso en la presentación del problema⁵, además de una procedencia griega, circulaban otras versiones. Para algunos, cuyos nombres Dionisio no menciona, los aborígenes carecían de una concreta especificación étnica, sino que eran vagabundos, originarios de lugares muy diversos y que vivían de la rapiña y el saqueo; por ello se asimilaban a los léleges, nombre que caracteriza a gentes sin patria y que a su vez constituían una mezcla de varios pueblos⁶. Otros por el contrario, hacían de los aborígenes unos colonos enviados por los ligures, pueblo que habitaba en el noroeste de Italia, en la región colindante con la Galia.

En cierta medida, estas diferencias en cuanto al origen se reflejan en las distintas etimologías que circulaban en la Antigüedad sobre el término *Aborigines*. Así, en correspondencia con la teoría de la autoctonía, una de las propuestas lo hacía derivar de *ab* y *origo*, con lo que se daba a entender que los aborígenes habitaban en el Lacio desde el comienzo de los tiempos. Una segunda etimología se identifica con la idea de la migración al basarse en el verbo latino *errare*, «vagar», de donde derivaría una forma primitiva *Aberrigenes*, señalando el carácter errático y vagabundo de este pueblo. Por último, no faltaban quienes creían que la palabra en cuestión procedía del sustantivo griego ὄρος, «montaña», al que se añade la preposición latina *ab*, de forma que los aborígenes habrían recibido este nombre por su costumbre de habitar en las alturas. Pero además de estas etimologías, recogidas por Dionisio y por el anónimo autor de la obra comúnmente

⁵ Dion., 1.10.

⁶ Sobre los léleges como realidad histórica, véase sin embargo el reciente trabajo de R. DESCAT, «Les traditions grecques sur les Lélèges», en *Origines gentium*, Bordeaux, 2001, 169-177.

conocida con el título de *Origo gentis Romanae* y que sin duda alguna tienen su referente inmediato en Varrón⁷, los aborígenes eran conocidos por otros nombres que denuncian asimismo su variable procedencia. Así, Virgilio alude a la primitiva población del Lacio con las palabras *truncis et duro robore nata*, en lo que parece ser una extraña concepción de la autotonía en la que los individuos nacieron de los árboles, quizá reflejo de una antigua e indocumentada forma **Arborigines*⁸. También Licofrón se sale de la norma al llamar Βορείωνοι a los antiguos habitantes del Lacio⁹, utilizando un término que ha suscitado una intensa discusión entre los modernos, según veremos a continuación.

La elección entre una de las formas lingüísticas utilizadas por los antiguos para designar a los aborígenes es una necesidad de no escaso interés, puesto que permite determinar el origen de la palabra y, siguiendo esta vía, también del concepto que representa. Desterradas de entrada algunas propuestas, como *Aberrigenes* por absurda y *Arborigines* por inexistente documentalmente¹⁰, las miradas de los modernos se han dirigido hacia la clásica *Aborigines* o bien hacia el término griego Βορείωνοι como aquellas con mayores posibilidades de ser la forma originaria. Los defensores de la segunda opinión parten del hecho de que Licofrón, en la primera mitad del siglo III a.C., representa el primer testimonio conocido relativo a la población más antigua del Lacio, la que habría encontrado Eneas a su llegada a Italia. Ciertamente anterior a Licofrón es Calias de Siracusa, quien habla de Latino, rey de los aborígenes que recibió a Eneas y sus troyanos, para lo que utiliza la transcripción griega del término latino (βασιλεύς τῶν Ἀβοριγίνων)¹¹. Pero esta noticia no es directa, sino que ha llegado hasta nosotros a través de Dionisio, por lo que cabría la posibil-

⁷ Dion., 1.10.1-2; 13.3; *OGR*, 4.1-2. Véanse J.-C. RICHARD, «Varron, l'*Origo gentis Romanae* et les Aborigènes», *RPh*, 57, 1983, p. 36; D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, Roma, 1993, pp. 126 ss.

⁸ Verg., *Aen.*, 8.315. Sobre el particular, D. BRIQUEL, «Virgile et les Aborigènes», *REL*, 70, 1992, pp. 81 ss.; G. GUILLAUME-COIRIER, «Arbres et herbes. Croyances et usages ratachés aux origines de Rome», *MEFRA*, 104, 1992, pp. 340 ss.

⁹ Lyc., *Alex.*, 1253.

¹⁰ W. FRÖHNER, «Catoniana», *Philologus*, 15, 1860, p. 350, veía sin embargo en *Arborigines* la forma más antigua, representando por tanto «die echten italischen autochthonen».

¹¹ Calias, *FGH* 564F5 (= Dion., 1.72.5).

dad de que este último alterase la forma griega originaria para adaptarla al término latino *Aborigines* corriente en su época, finales del siglo I a.C., o que incluso hubiese añadido por su cuenta la expresión «rey de los aborígenes» para distinguir a Latino¹². En conclusión, habría que conceder a Βορείωνοι la prioridad para designar a los primeros habitantes del Lacio. Además, desde un punto de vista lingüístico, esta solución no presentaría problemas añadidos, puesto que a través de la forma Ἄβορειγενεῖς, presente en Macrobio¹³, se llegaría fácilmente a la latina *Aborigines*. Las diferencias entre estos autores surgen sin embargo a la hora de explicar el significado del término Βορείωνοι, sobre lo cual nada dicen los antiguos, por lo que siguiendo diferentes etimologías, son dos las soluciones que en principio se ofrecen como válidas. Para unos, la palabra se formaría a partir de ὄρος, para lo cual recuperan una de las antiguas etimologías propuestas acerca de los aborígenes y hablan de ellos como «pueblo de las montañas»¹⁴. Un segundo grupo, por el contrario, rechaza la visión anterior y fijando una relación con βορέιος, lo interpreta en el sentido de «gentes del norte», si bien con distintas variantes en cuanto al concepto de septentrional¹⁵.

Sin embargo, la opinión que ve en el término latino *Aborigines* la forma primigenia del nombre de este pueblo cuenta, según creo, con argumentos más sólidos. Un trabajo de N. Golvers sobre la vertiente lingüística del problema viene a demostrar que la derivación de las distintas formas griegas, incluida Βορείωνοι, se comprende con mayor facilidad a partir del prototipo latino *Aborigines* que no el proceso contrario¹⁶. Además, el

¹² J. GEFFCKEN, *Timaios' Geographie des Westens*, Berlin, 1892, p. 43.

¹³ Macr., *Sat.*, 1.7.28, quien derivaría de Varrón. Posiblemente se trate de un error ortográfico: J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, Paris, 1942, p. 363, n. 4.

¹⁴ TH. ZIELINSKI, «Boreigonoi», en *Iresione*. 2, Paris-Lemberg, 1936, 38-48; P. KRETSCHMER, «Turnus und die Mehrdeutigkeit italischer Eigennamen», *Glotta*, 20, 1932, p. 198; A. BERNARDI, «Dai populi Albenses ai Prisci Latini nel Lazio arcaico», *Athenaeum*, 42, 1964, pp. 235 ss.; IDEM, *Nomen Latinum*, Pavia, 1973, pp. 10 ss.

¹⁵ J. GEFFCKEN, *Timaios' Geographie des Westens*, pp. 42 ss.; C. ROBERT, *Die griechischen Heldensage*, Berlin, 1926, vol. III.2.2, pp. 1529 ss.; M. MAYER, «Die Morgeten», *Klio*, 21, 1927, p. 297; E. TAIS, «Βορείωνοι e Aborigini: riflessioni e proposte», *Sileno*, 9, 1983, pp. 183 ss.

¹⁶ N. GOLVERS, «The Latin Name Aborigines. Some Historiographical and Linguistic Observations», *AncSoc*, 20, 1989, 193-207. Previamente se habían inclinado por esta

nombre latino se explica por sí solo al estar construido a partir de *ab* y *origo*, sin necesidad de incluir un intermediario griego, que tomando como base un término de difícil interpretación como Βορείωνοι, concluye en una expresión latina que contiene en sí misma un significado propio y diferente¹⁷. Existe naturalmente la posibilidad de que los latinos, no comprendiendo la forma griega, la hayan adaptado a su lengua transformando su sentido¹⁸. Pero se trataría de un proceso complejo, que no se explica con facilidad, pues parece como si primero existiese el término y luego el concepto, cuando lo lógico sería lo contrario, esto es buscar el término apropiado para definir un concepto previo. El nombre latino de los aborígenes es tan sumamente artificial, que resulta difícil no entenderlo como originario y para describir una situación novedosa y reciente. Por lo mismo, tampoco es posible aceptar con facilidad que el término esconda el nombre de un antiguo pueblo histórico, en el sentido que los aborígenes deben ser identificados con los ausonios¹⁹, con los *Albenses*²⁰ o incluso con unos supuestos «protosabinos»²¹. Todos los datos disponibles nos llevan a suponer que el término *Aborigines* es latino y que por tanto fue creado en un ambiente asimismo latino, como denominación del pueblo que habitaba en la región desde los más remotos tiempos, sin haber sido precedido por ningún otro: significa en consecuencia la expresión latina de la idea griega de la autoctonía²².

interpretación, entre otros, F. STOLZ, «Beiträge zur lateinischen Wortkunde», *WSt*, 26, 1904, pp. 318 ss.; J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, pp. 363 ss.; W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato. Das erste Buch der Origines*, Meisenheim, 1971, p. 104.

¹⁷ Véase F. DELLA CORTE, «I Sabini in Virgilio, i mores dei Romani e l'origine dei Sabini in Catone», en *Preistoria, storia e civiltà dei Sabini*, Rieti, 1985, pp. 59 ss.

¹⁸ Cf. S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, Roma, 1994, vol. II, pp. 92 ss.

¹⁹ J. BÉRARD, *La Magna Grecia* (trad. ital.), Torino, 1963, pp. 451 ss.

²⁰ A. BERNARDI, trabajos citados en la anterior n. 14 (cf. G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, Roma, 1976, p. 88, n. 86).

²¹ A. PIGANIOL, *Essai sur les origines de Rome*. Paris, 1917, pp. 34 ss.; P. M. MARTIN, «Contribution de Denys d'Halicarnasse à la connaissance du uer sacrum», *Latomus*, 32, 1973, pp. 35 ss.

²² Sin ánimo de exhaustividad, a los autores mencionados en la anterior n. 16, pueden añadirse, como defensores de esta idea, A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, vol. I.1, p. 199; G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, Firenze, 1980, vol. I, p. 180, y más recientemente F. DELLA CORTE, *loc. cit.*, y D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues: l'identification des Aborigènes aux Ligures», *MEFRA*, 101, 1989, pp. 107 ss. En opinión

Frente a cualquier otra forma de etnogénesis, los atenienses desarrollaron el concepto de autoctonía, a imagen de su legendario rey Erictonio, como explicación de su propio origen²³. Aunque con claros antecedentes en la literatura del último cuarto del siglo V a.C., como se observa en *Las avispas* de Aristófanes o en la tragedia *Ion* de Eurípides, fue sobre todo en el siglo siguiente cuando la idea de la autoctonía se valora en Atenas de una manera global y altamente positiva. El recurso a su carácter autóctono proporcionaba a los atenienses —siempre naturalmente desde su propio punto de vista— un título de nobleza que les situaba en un nivel más elevado frente a los restantes griegos. Así, como justificación para ocupar la hegemonía, los atenienses invocaban este argumento sobre su procedencia, lo que automáticamente les hacía superiores a sus rivales, cuyo origen se relacionaba normalmente con una migración. Si bien la autoctonía no fue una invención ateniense, lo cierto es que en el siglo IV la inmensa mayoría de las noticias conocidas sobre este origen tienen su referente en Atenas, incluso aquellas que aunque relativas a otros griegos, se fijan en el arquetipo ateniense.

Con razón se pregunta D. Briquel²⁴ si todas las tradiciones conocidas sobre la autoctonía, y en especial cuando este concepto se aplica a los pueblos bárbaros, tienen el mismo valor que el caso ateniense. Ciertamente la respuesta no puede ser más que negativa, como concluye el mismo Briquel. En efecto, a través de numerosos ejemplos se constata cómo la concesión de la autoctonía a un determinado pueblo no tiene como objetivo ennoblecerle, sino que más bien al contrario persigue alejarle lo más posible de un presunto origen helénico, con lo cual se le relega a una condición de barbarie y por tanto de inferioridad. Parece fuera de toda duda que en estos casos tal tradición ha sido acuñada en ambiente griego. Sin embargo, si encontramos que son los propios indígenas los creadores de su origen

de J. PERRET, sin embargo, el término significaría «originels» y no «dès l'origine», desvinculándose por tanto de la autoctonía (*Les origines de la légende troyenne de Rome*, p. 640).

²³ Sobre la autoctonía ateniense, pueden verse, entre otros, E. MONTANARI, *Il mito dell'autoctonia. Linee di una dinamica mitico-politica ateniese*, Roma, 1981; N. LORAU, *Les enfants d'Athènes*, Paris, 1981. En un sentido general, sobre la tierra en cuanto significado de maternidad, es muy interesante cuanto escribe M. ELIADE, *Tratado de historia de las religiones* (trad. esp.), México, 1972, pp. 226 ss.

²⁴ D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 87 ss.

autóctono, la valoración final no puede ser la misma²⁵. Un ejemplo paradigmático de estas diferentes consideraciones sobre la autoctonía lo protagonizan sin duda los etruscos.

Como sucede con otros muchos pueblos, también sobre los etruscos existían diversas versiones acerca de su origen, que en su mayoría lo situaban en el Egeo²⁶. Una variante discordante con esta tónica general, pero que en realidad no tuvo mucho éxito, les consideraba sin embargo autóctonos. Esta tradición se encuentra recogida únicamente por Dionisio de Halicarnaso²⁷, a quien no interesaba otorgar a los etruscos un lejano origen griego para eliminar de Roma cualquier resto de barbarie: Roma nunca fue una πόλις Τυρρηνίς, sino que su carácter helénico se conservó puro desde su más remoto pasado²⁸. Pero tal como está planteada, al margen de la investigación que posteriormente desarrolla el propio Dionisio²⁹, esta tradición requiere una intervención griega, como bien señala Briquel, quien finalmente se inclina por Filisto y los ambientes historiográficos de la corte del tirano Dionisio I de Siracusa como creadores de la noticia. Esta en el fondo no pretende sino desprestigiar a los etruscos privándoles de un origen helénico que les era reconocido de manera generalizada, para de esta manera justificar la política de hostilidad en el Tirreno practicada por Siracusa³⁰.

Sin desautorizar esta interpretación, más bien al contrario, incluso conviviendo con ella, existen también indicios para pensar que los etruscos acuñaron por sí mismos una tradición sobre su origen que se aproxima a la autoctonía, impresión que se deduce del contenido de algunos documentos

²⁵ Cf. E. J. BICKERMAN, «Origines gentium», *CPh*, 47, 1952, p. 76.

²⁶ Sobre los orígenes pelásgico y lidio de los etruscos en sus diversas tradiciones, deben consultarse las completas monografías de D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, Roma, 1984, y *L'origine lydienne des Étrusques*, Roma, 1991, respectivamente.

²⁷ Dion., 1.26.2.

²⁸ Al respecto sigue siendo fundamental el libro de D. MUSTI, *Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica. Studi su Livio e Dionigi d'Alicarnasso* (QuadUrb 10), Roma, 1970; también de este mismo autor es oportuno consultar «Etruschi e Greci nella rappresentazione dionisiana delle origini di Roma», en *Gli Etruschi e Roma*, Roma, 1981, 23-44. Sobre la dualidad Ἑλληνίς-Τυρρηνίς con interesantes consideraciones, puede consultarse el trabajo de G. VANOTTI, «Roma polis Hellenis, Roma polis Tyrrhenis», *MEFRA*, 111, 1999, 217-255.

²⁹ Cf. Dion., 1.30.1-2.

³⁰ D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 129 ss.

tardíos. Ante todo, especial importancia tiene la llamada profecía de Vegoia³¹, que parece iniciarse con una exposición cosmogónica, según la cual la acción del creador, Júpiter-Tinia, no sólo se centró en la ordenación del cosmos, sino que además sentó las bases del *ius terrae Etruriae*. Este último establecía la inmutabilidad de la propiedad de la tierra, que había sido determinada en el momento mismo de la creación por el dios demiurgo, lo cual inevitablemente lleva a considerar como originarios asimismo a sus propietarios. La profecía de Vegoia lleva pues implícita la cualidad de los etruscos como autóctonos, no *stricto sensu* como nacidos del suelo, pero sí al menos como primeros y legítimos habitantes de la tierra etrusca³². El problema ahora no es otro que determinar si las ideas expresadas en la profecía de Vegoia son producto de las circunstancias del momento en que se redactó el texto, finales del siglo II o comienzos del I a.C.³³, o si por el contrario proceden de una larga tradición nacional. Aunque la documentación etrusca es siempre escasa, la lógica nos debe conducir hacia la segunda opción, lo que se ve avalado por algunos indicios. Así, sabemos que las revelaciones de otro profeta etrusco, Tages, trataban asimismo, entre un contenido muy variado, del *ius terrae Etruriae*, que se enmarcaba en el contexto de la *Etrusca disciplina*³⁴. La figura de Tages no es una creación reciente³⁵. Cicerón, que transmite la primera noticia conocida sobre este personaje³⁶, tuvo como fuente a su amigo etrusco A. Cecina, quien sin duda le dio a conocer una antigua tradición de su pueblo. Posi-

³¹ El texto se encuentra en *Gromatici veteres*, I.350 (Lachman). Sobre el mismo, es obligado consultar el completo estudio de A. VALVO, *La «profezia di Vegoia». Proprietà fondiaria e aruspicina in Etruria nel I secolo a.C.*, Roma, 1988.

³² D. BRIQUEL, «Versions étrusques de l'autochtonie», *DHA*, 12, 1986, pp. 298 ss.; M. SORDI, «Storiografia e cultura etrusca nell'Impero Romano», en *Atti II Congresso Internazionale Etrusco*, Roma, 1989, vol. I, pp. 46 ss. (= *Prospettive di storia etrusca*, Como, 1995, pp. 194 ss.); L. AIGNER-FORESTI, «Gli Etruschi e la loro autocoscienza», en *Autocoscienza e rappresentazione dei popoli nell'antichità*, Milano, 1992, pp. 102 ss.

³³ Sobre la cronología de este texto, muy discutida, A. VALVO, *La «profezia di Vegoia»*, pp. 19 ss.

³⁴ Serv., *Aen.*, 1.2.

³⁵ Sobre este personaje, con fuentes y bibliografía, J. R. WOOD, «The Myth of Tages», *Latomus*, 39, 1980, 325-344; A. J. PFIFFIG, «Zum 'Puer senex'», en *Festschrift H. Kenner*, Wien, 1985, 277-279 (= *Mi zinaku amprusale*, Wien, 1995, 506-510).

³⁶ Cic., *Div.*, 2.23.50.

blemente Tages aparece representado en una cista prenestina de bronce del siglo III a.C., en actitud de surgir del suelo y transmitir sus enseñanzas a los allí convocados³⁷. Según la versión de Censorino³⁸, Tages vio la luz en el territorio de Tarquinia—lo que también es mencionado por Cicerón— y se dirigió a los *lucumones* que entonces gobernaban las ciudades de Etruria, lo que parece indicar que esta tradición se relaciona con los momentos de esplendor de la liga etrusca bajo la hegemonía de Tarquinia, que inmediatamente vinculó a su héroe nacional Tarchon con el profeta Tages³⁹. Estamos por tanto en el siglo IV a.C.

La leyenda de Tages recuerda en cierto sentido al héroe ateniense Erictonio, proximidad que no pasó desapercibida a la observación de Censorino, por lo que cabe preguntarse si no tuvo lugar en Etruria un proceso paralelo al ateniense: la imagen de Tages surgiendo de la tierra sirve de impulso al desarrollo de una concepción sobre la autoctonía del pueblo etrusco, no precedido por ningún otro en la tierra que habitaban y que le

³⁷ R. HERBIG, «Etruskische Rekruten?», en *Charites. Studien zum Altertumswissenschaft*, Bonn, 1957, pp. 182 ss.; A. J. PFIFFIG, *Religio Etrusca*, Graz, 1975, p. 38. Por el contrario, otros interpretan la escena en relación a la adivinación por *sortes* que se practicaba en Praeneste: F. COARELLI, en *Roma mediorepublicana*, Roma, 1973, pp. 258 ss.; F.-H. PAIRAULT-MASSA, *Iconologia e politica nell'Italia antica*, Milano, 1992, p. 165 ss.

³⁸ Cens., *Die nat.*, 4.13.

³⁹ *Lyd.*, *Ost.*, 2-3. Acerca de este pasaje, muy controvertido, véanse J. R. WOOD, «The Etrusco-Latin liber Tageticus in Lydiis De Ostentis», *MPhL*, 6, 1981, 94-125; D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, pp. 492 ss. Sobre el célebre espejo de Toscana con escena haruspical, en el que supuestamente aparecerían representados estos dos personajes, Tarchon y Tages, con diferentes opiniones, M. PALLOTTINO, «Uno specchio di Toscana e la leggenda etrusca di Tarchon», *RAL*, 6, 1930, 49-87 (= *Saggi di antichità*, Roma, 1979, vol. II, 689-707); M. CRISTOFANI, «Il cosiddetto specchio di Tarchon: un recupero e una nuova lettura», *Prospettiva*, 41, 1985, 4-20; M. TORELLI, «'Etruria principes disciplinam doceto'. Il mito normativo dello specchio di Toscana», en *Studia Tarquiniensia*, Roma, 1988, 109-118. L. B. VAN DER MEER, *Interpretatio Etrusca. Greek Myths on Etruscan Mirrors*, Amsterdam, 1995, pp. 97 ss. Según creo, la figura identificada en el espejo con las palabras *pava tarχies* no debe ser tenida como personificación de Tages, rechazo que expresan M. Cristofani y M. Torelli, sino que representa a un haruspice en el momento de realizar la inspección de la víscera que sostiene en su mano izquierda. La reciente publicación de la *tabula Cortonensis*, donde figura el término *pava*, ayuda a reafirmar esta interpretación: C. DE SIMONE, «La tabula Cortonensis: tra linguistica e storia», *ASNP*, 3, 1998, pp. 29 ss.; por su parte, L. AGOSTINIANI y F. NICOSIA, *Tabula Cortonensis*, Roma, 2000, p. 101, dudan en la traducción de *pava* como haruspice.

había sido concedida por Tinia en el momento de la creación⁴⁰. Esta tradición no se contradice con aquellas otras versiones sobre el origen extranjero de los etruscos, especialmente la lidia, que fue la que arraigó con mayor fuerza, hasta llegar a adquirir incluso cierto carácter «oficial». El vínculo entre ambas puede subyacer en una tradición transmitida por Estrabón, quien habla del lidio Tirreno como fundador de la dodecápolis etrusca, cuya jefatura encomendó al héroe indígena Tarchon, quien había nacido con los cabellos blancos, una definición de *puer senex* que le aproxima estrechamente a Tages⁴¹. Esta versión, que sin duda contiene un marchamo tarquiniense, imagina el origen del pueblo etrusco a partir de un sustrato indígena, personificado en Tarchon, y una componente egea que tiene su referente en el lidio Tirreno. No muy distinta es la visión que los latinos se hacían de su propia etnogénesis.

Si ahora regresamos al caso latino, protagonizado por los aborígenes, el planteamiento no es pues muy diferente, aunque sí reviste particularidades un tanto especiales. Como hemos visto con anterioridad, el pueblo de los aborígenes expresa por sí mismo un concepto local de autoctonía, manifestación de la singularidad latina frente a un origen exclusivamente extranjero que le era concedido por las fuentes griegas. Pero aquí nos encontramos con la salvedad de que no existe un verdadero mito de autoctonía y los aborígenes tampoco representan un pueblo histórico, real. Hasta donde sabemos, todo parece reducirse a una especulación lingüística, pero necesaria por imperativos ideológicos y de coherencia historiográfica. Estamos por tanto ante una creación por completo artificial, que no se fundamenta en antiguas tradiciones, sino que ha sido elaborada a partir de un modelo ya existente y en época relativamente reciente⁴². La invención de los aborígenes no es tanto un hecho romano como sobre todo lavinate. Roma ya disponía de su propia tradición, vinculada a Rómulo, mientras que Lavinium captó para sí la leyenda troyana al presentarse como fundación de Eneas: éste desembarca en el país de los aborígenes, que no es otro que el territorio laurente, cuyos reyes formaron con el tiempo una dinastía

⁴⁰ L. PARETI, *Le origini etrusche*, Firenze, 1926, pp. 13 ss. En contra, D. BRIQUEL, «L'autochtonie des Étrusques chez Denys d'Halicarnasse», *REL*, 61, 1983, pp. 70 ss.

⁴¹ Str., 5.2.2 (C. 219). Sobre esta tradición puede verse el análisis de D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, pp. 127 ss., quien llega sin embargo a conclusiones diferentes a las aquí expuestas.

⁴² Cf. A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, vol. I.1, pp. 200 ss.

mítica que reinó sobre los aborígenes. Posiblemente se trate de un producto del ambiente que se creó en Lavinium cuando tras la incorporación del Lacio al dominio romano, esta ciudad se alzó como centro religioso y cultural de toda la nación latina⁴³. Esta «capitalidad» de Lavinium no sólo se materializa en el ámbito ritual, sino también mediante la creación de tradiciones que elevan a la ciudad al rango de metrópolis latina, en competencia con Alba⁴⁴. En este contexto, se podrían señalar como pertenecientes al acervo laviniate, además de la invención de los aborígenes como población originaria del Lacio, la capitalización del mito de Eneas⁴⁵ y la recreación de Latino con un significado laviniate. Bajo esta perspectiva, el siglo IV a.C. y Atenas se presentan, según creo, como dos puntos de referencia válidos que pueden explicar satisfactoriamente el surgimiento de los aborígenes, lo cual en ningún momento está en contradicción con los datos disponibles. Y en efecto, el análisis de los diferentes testimonios de los antiguos acerca de este legendario pueblo confirmará que esta propuesta cronológica es la que concilia mayores posibilidades.

2. LOS AUTORES GRIEGOS

Con anterioridad a Catón, primer autor conocido que habla *in extensis* sobre los aborígenes, tan sólo en muy pocas ocasiones se tiene noticia cierta sobre este pueblo. De hecho, únicamente pueden invocarse al res-

⁴³ G. K. GALINSKY, *Aeneas, Sicily, and Rome*, Princeton, 1969, pp. 145 ss.

⁴⁴ Sobre el particular, pueden verse entre otros A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1965, pp. 246 ss.; K. GALINSKY, «Aeneas in Latium: Archäologie, Mythos und Geschichte», en *2000 Jahre Vergil*, Wiesbaden, 1983, pp. 47 ss.

⁴⁵ Así parece demostrarlo la remodelación en forma de *heroon* de un túmulo del siglo VII, generalmente considerado como lugar de culto en honor de Eneas: P. SOMMELLA, «Heron di Enea a Lavinio», *RPAA*, 44, 1971/72, 47-74. La posibilidad de que este túmulo ya fuese escenario de un culto heroico en el siglo VI y consagrado a Latino (C. COGROSSI, «Atenea Iliaca e il culto degli eroi», en *Politica e religione nel primo scontro tra Roma e l'Oriente*, 79-98, esp., pp. 89 ss.; A. GRANDAZZI, «Le roi Latinus: analyse d'une figure légendaire», *CRAI*, 1988, pp. 492 ss.; D. BRIQUEL, «À propos d'une inscription redécouverte au Louvre: remarques sur la tradition relative à Mézence», *REL*, 67, 1989, pp. 90 ss.), me parece indemostrable. Una posición sumamente escéptica es asumida por J. POUCKET, «Un culte d'Énée dans la région laviniate au quatrième siècle avant Jésus-Christ?», en *Hommages R. Schilling*, Paris, 1983, 187-201.

pecto las referencias de Calias y de Licofrón, ya citadas, así como otra, más que hipotética, en un fragmento de Nevio que luego consideraremos. La información que proporcionan los dos primeros es muy parca, pues solamente mencionan a los aborígenes como el pueblo que recibió en el Lacio a Eneas, sin la menor alusión a su origen o a otras particularidades. Sin embargo, que la noticia más antigua conocida proceda de Calias, historiador siracusano que redactó su obra a comienzos del siglo III a.C., constituye un dato bastante significativo, pues se trata de un griego occidental y por tanto más en contacto con las tradiciones romanas, a través de las cuales conocería la existencia de los aborígenes y de su rey Latino. No en vano la primera mención de Rómulo se localiza, hasta donde sabemos, en un autor asimismo siciliano, Alcimo, quien mezcla al fundador tradicional de Roma, Rómulo, con personajes que parecen creados específicamente para la ocasión, ofreciendo en definitiva una reconstrucción sumamente ecléctica⁴⁶. De manera no muy diferente se comporta Calias, quien ciertamente conoce las tradiciones indígenas, pero prefiere otorgar mayor protagonismo al elemento griego, de acuerdo con la tónica dominante en la historiografía helénica anterior al siglo II a.C. Así, atribuye la fundación de Roma a los hijos de Latino y de Rhome, quien conserva la función de epónimo de la ciudad que en su momento ya le había conferido Helánico de Lesbos⁴⁷. El aspecto que interesa destacar ahora es la mención de los aborígenes y su relación con los troyanos, lo que lleva implícita una primera exposición de la etnogénesis latina a partir de la unión de dos elementos,

⁴⁶ Alcimo, *FGH 560F4* (= *Fest.*, 326-328L): *Alcimus ait, Tyrrenhia Aeneae natum filium Romulum fuisse, atque eo ortam Albam Aeneae neptem, cuius filius nomine Rhomus condiderit urbem Romam.*

⁴⁷ Calias, *FGH 564F5* (= *Dion.*, 1.72.5): *Καλλίας δὲ ὁ τὰς Ἀγαθοκλέους πράξεις ἀναγράφας Ῥώμην τινὰ Τρωάδα τῶν ἀφικνουμένων ἅμα τοῖς ἄλλοις Τρωσὶν εἰς Ἰταλίαν γήμασθαι Λατίνῳ τῷ βασιλεῖ τῶν Ἀβοριγίνων καὶ γεννήσαι τρεῖς παῖδας, Ῥώμον καὶ Ῥωμύλον καὶ <Τηλέγονον> ... οἰκίσαντας δὲ πόλιν, ἀπὸ τῆς μητρὸς αὐτῆς θέσθαι τοῦνομα.* El texto de Dionisio presenta una laguna cuando habla sobre la descendencia de Latino y de Rhome y que afecta también al nombre del fundador de Roma. La inclusión de Telégono se justifica a partir de Syncellus (363 Bonn), quien además especifica que los fundadores de Roma fueron Rhomos y Rómulo (véase TH. MOMMSEN, «Die Remuslegende», *Hermes*, 16, 1881, pp. 3 ss.). Sobre la tradición contenida en este fragmento de Calias pueden consultarse E. MANNI, «La fondazione di Roma secondo Antioco, Alcimo e Callia», *Kokalos*, 9, 1963, pp. 265 ss.; T. P. WISEMAN, *Remus. A Roman Myth*, Cambridge, 1995, pp. 52 ss.; J. MARTÍNEZ-PINNA, «Rhome: el elemento femenino en la fundación de Roma», *Aevum*, 71, 1997, pp. 87 ss., con diferentes apreciaciones.

uno indígena y otro griego, fusión simbolizada en el matrimonio entre el rey Latino y la troyana Rhome. Partícipes de similar estímulo son otras tradiciones griegas, de autores anónimos, en las que de nuevo Latino, rey de los aborígenes, acoge a Eneas fugitivo y a su muerte lega una parte del reino a Rómulo y Rhomos, hijos o nietos del héroe troyano⁴⁸. A la vista de la relación parental tan próxima que existe entre Eneas y Rómulo, la creación de la versión-madre que dio origen a estas variantes no debe ser posterior al siglo III a.C. o inicios del siguiente.

Por su parte, el texto de Licofrón contempla un aspecto que no carece de interés. Cuando menciona a los aborígenes, dice que su territorio se extendía ὑπὲρ Λατίνου Δαυνίου⁴⁹. Dentro de la oscuridad que envuelve al poema, las indicaciones geográficas son bastante confusas⁵⁰, de ahí las dificultades en comprender la mencionada expresión acerca de la localización de los aborígenes. A partir de Esteban de Bizancio⁵¹, que cita a Licofrón repitiendo el verso pero con la variante Λακίου Δαυνίου se han propuesto diversas lecturas, como una referencia a la ciudad frente a Larino⁵², cercana al país de los daunios, o bien al promontorio Lacinio⁵³, en el sur de la península. Estas opiniones se basan en definitiva en que la mención de los latinos que figura en el texto carece de sentido, pues latinos y aborígenes habitaron el mismo territorio aunque en épocas diferentes. Sin embargo, es necesario admitir que Licofrón identificaba el país de los Βορείωνοι con el escenario donde Eneas va a cumplir su destino, es decir el Lacio histórico, por lo que tanto Larino, en la vertiente adriática de la península, como el promontorio Lacinio, que

⁴⁸ FGH 840F40a (= Dion., 1.73.2). La singularidad de la noticia radica en que Dionisio afirma que estas versiones figuran en los analistas romanos, quienes se basaron en unas «tablas sagradas» (ἐν ἱεροῖς δέλτοις), clara referencia a los archivos pontificales: cf. W. SCHUR, «Griechische Traditionen von der Gründung Roms», *Klio*, 17, 1920/21, pp. 143 ss. Basándose en este dato, A. MEURANT, *L'idée de gémellité dans la légende des origines de Rome*, Bruxelles, 2000, pp. 152 ss., los califica como «fragments de la dissidence latine»; pero los *Annales* pontificales eran escritos de carácter analístico, abiertos también a la influencia de tradiciones griegas.

⁴⁹ Lyc., *Alex.*, 1254.

⁵⁰ Cf. J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, p. 659.

⁵¹ Stph. Byz., 321M, s.v. Δαύνιον.

⁵² E. CIACERI, *La Alessandra di Licofrone*, Catania, 1901, pp. 320 ss.

⁵³ G. D'ANNA, «Lycophron, Alex. 1254», en *Studi A. Ardigzoni*, Roma, 1978, vol. I, 281-290.

se asoma al mar Jónico, representan dos puntos muy lejanos como para servir de referencia útil. Por otra parte, más difícil resulta aceptar, en el contexto en que nos encontramos, una relación de estos topónimos con los nombres personales de Latino y de Dauno, el padre de Turno, en el sentido que los aborígenes poseían la tierra que fue gobernada por estos legendarios reyes⁵⁴. La inclusión de los daunios, sin embargo, es más plausible, de forma que no es necesario corregir Δαυνίους por Σαυνίους, según propone C. von Holzinger en su edición de Licofrón⁵⁵. Hay que tener en cuenta que la etnografía griega de los siglos IV y III a.C. no distinguía con claridad los pueblos de la Italia central, observándose con cierta frecuencia una confusión entre Σαυνίται y Δαυνίται⁵⁶, de forma que no veo estrictamente necesario pensar que se trate de una referencia explícita a la presencia de daunios en Campania, y mucho menos en el Lacio, con la suficiente entidad como para ser el elemento más definitorio de la región. El término «daunios» habría que entenderlo más bien como relativo a un pueblo partícipe de la cultura osca que habitaba en la fachada tirrénica de Italia, concretamente en Campania, por tanto gentes de extracción samnita.

El problema principal posiblemente se encuentra en la interpretación de la preposición ὑπὲρ, que admite dos posibilidades, «más allá de» o «sobre»⁵⁷. La primera, quizá mejor fundamentada desde el punto de vista lingüístico, suscita sin embargo mayores dificultades, pues implica un contrasentido con la tónica del relato: las treinta fortalezas, con Lavinium a la

⁵⁴ Así, J. CARCOPINO, *Virgile et les origines d'Ostie*, Paris, 1919, p. 685, n. 9; F. DELLA CORTE, *La mappa dell'Eneide*, Firenze, 1985, p. 214. También D. BRIQUEL, «Le problème des Dauniuns», *MEFRA*, 86, 1974, p. 15, relaciona a los daunios con los retulos de Ardea.

⁵⁵ C. VON HOLZINGER, *Lycophron's Alexandra*, Leipzig, 1895, p. 341. La enmienda es aceptada por L. MASCIALINO, *Licofrón. Alejandra*, Barcelona, Alma Mater, 1956, ad v. 1254.

⁵⁶ Véanse al respecto D. MUSTI, «Il processo di formazione e diffusione delle tradizioni greche sui Daunii e su Diomede», en *La civiltà dei Dauni nel quadro del mondo italico*, Firenze, 1984, p. 98 (= *Strabone e la Magna Grecia*, Padova, 1994, p. 179), quien con total propiedad habla de un «periodo costruttivo» en la comprensión griega de los pueblos de Italia. Asimismo es útil D. MARCOTTE, «Samnites, Lucaniens et Brettians: l'Italie sabellique dans l'ethnographie grecque», en *Origines gentium*, 285-295.

⁵⁷ Por la primera se inclinan J. GEFFCKEN, *Timaíos' Geographie des Westens*, p. 41; D. MUSTI, «Il processo di formazione e diffusione delle tradizioni greche sui Daunii e su Diomede», p. 102. En favor de la segunda se manifiesta J. HEURGON, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue préromaine*, Paris, 1942, p. 281.

cabeza, que Eneas fundará en las tierras de los aborígenes no significan otra cosa que una referencia a los pueblos latinos, de los cuales el héroe troyano se constituye en lejano progenitor, de acuerdo con una versión que ya va imponiéndose como canónica. Es preferible la segunda opción, según la cual los aborígenes habitaban sobre latinos y «daunios». Licofrón mezcla aquí dos niveles cronológicos, de manera que esta referencia geográfica hay que entenderla en el sentido de que los aborígenes ocupaban en un lejano pasado las mismas regiones que en época histórica correspondían a estos dos pueblos. Es por tanto muy posible que Licofrón, que se inspira en una fuente griega occidental⁵⁸, se esté refiriendo al territorio controlado por Roma con posterioridad a la guerra latina culminada en el año 338 a.C., es decir el Lacio —tanto el *Vetus* como el *Adiectum*— y el norte de Campania, habitada entonces por gentes oscas de origen samnita⁵⁹. En mi opinión, no muy diferente es el sentido que ofrece un testimonio más o menos contemporáneo a la fuente de Licofrón. Se trata de un fragmento de Aristóteles que narra el incendio de los barcos por parte de las mujeres troyanas, motivo etiológico de la fundación de Roma⁶⁰. Las indicaciones geográficas que figuran en el texto denuncian cierta confusión en la mente de su redactor, al decir que las naves aqueas desembarcaron τὸν τόπον τοῦτον τῆς Ὀπικῆς, ὃς καλεῖται Λατίνιον. Con el nombre de ópicos, las fuentes griegas de los siglos V-IV a.C. denominaban a las poblaciones indígenas de Campania, bien a los oscos y sobre todo a los ausonios/aurun-

⁵⁸ Como se sabe, tradicionalmente se ha visto en Timeo la fuente fundamental de Licofrón para la llamada «noticia romana». Sin embargo, con buenos argumentos G. AMIOTTI, «Lico di Reggio e l'Alessandra di Licofrone», *Athenaeum*, 60, 1982, 452-460, propone conceder esta cualidad a Lico, padre adoptivo de Licofrón, comprendiéndose así mejor cómo «l'Alessandra diventa un documento fondamentale per valutare l'impressione suscitata nei contemporanei e, in particolare, nei greci dell'Italia meridionale, dall'ascesa della potenza romana nel IV secolo a.C.» (p. 460).

⁵⁹ Cf. W. SCHUR, «Griechische Traditionen von der Gründung Roms», p. 140: «Das Boreigonerland ist also identisch mit dem erweiterten Latium der dritten Jahrhundert, das Völker latinischer und sabellischer Zunge umfaßt». En similar sentido, M. SORDI, *I rapporti romano-ceriti e l'origine della civitas sine suffragio*, Roma, 1960, p. 11, según la cual «la fonte alla quale Licofrone attingeva aveva presente la situazione politica della seconda metà del IV secolo».

⁶⁰ Aristóteles, fr. 558R = *FGH* 840F13a (= Dion., 1.72.3-4). Sobre el particular, me permito remitir a J. MARTÍNEZ-PINNA, «Helánico y el motivo del incendio de los barcos: un hecho troyano», *GIF*, 48, 1996, 21-53.

cos⁶¹. Así, Antíoco de Siracusa identifica a ópicos y ausonios⁶², línea que sigue el propio Aristóteles, quien en un pasaje de la *Política* dice textualmente: ὄπικον δὲ τὸ μὲν πρὸς τὴν Τυρρηνίαν Ὀπικοὶ καὶ πρότερον καὶ νῦν καλούμενοι τὴν ἑπωνυμίαν Αὔσονες⁶³. Como puede observarse, en esta rápida panorámica de la costa tirrénica de Italia, Aristóteles sólo menciona dos entidades étnicas, los etruscos y los ópicos, pero entre ambos se encontraban los latinos. El Lacio por tanto queda asumido por una de ellas, sin duda la segunda a tenor de lo que figura en el fragmento anterior, donde la tierra llamada Latinion se atribuye a los ópicos. Así pues, en la visión de Italia recogida por el filósofo, el territorio comprendido entre el Tíber y el norte de Campania constituye una unidad, concepto no muy distante del que sugiere el verso de Licofrón relativo a los aborígenes.

Otro autor griego que se refiere a los aborígenes se esconde tras un incierto *historiae Cumanae compositor*, recogido en última instancia por Festo⁶⁴. Este anónimo historiador es por lo general identificado con Hiperoco de Cumas⁶⁵, aunque ciertamente sin apoyos firmes, pues con el nombre genérico de Κυμαϊκῶν, según se titulaba la obra de Hiperoco, puede entenderse un conjunto de crónicas locales pertenecientes a diversas épocas y agrupadas en un cierto momento, o en el mejor de los casos un original que con el paso del tiempo habría experimentado remodelaciones y variantes⁶⁶. No hay razones de peso para atribuir todos los fragmentos conocidos de procedencia cumana a un único autor. Pero aun en el caso de dar por buena tal paternidad, está la cuestión de la cronología de Hiperoco, que por el momento no encuentra una respuesta satisfactoria⁶⁷. Sin duda

⁶¹ Cf. J. HEURGON, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue préromaine*, pp. 42 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 553 ss.

⁶² Antíoco, *FGH 555F7* (= Str., 5.4.3 [C. 242]).

⁶³ Arist., *Pol.*, 1329b.

⁶⁴ Fest., 328L.

⁶⁵ Este pasaje es incorporado por F. JACOBY a los fragmentos de Hiperoco: *FGH 576F3*.

⁶⁶ Cf. A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, pp. 56 ss.; I. OPELT, «Roma = Ῥώμη und Rom als Idee», *Philologus*, 109, 1965, p. 50; E. GABBA, «Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», en *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, pp. 144 ss.

⁶⁷ Para unos habría que situarle en la época de Augusto (F. JACOBY, *FGH IIIb. Kommentar*, Leiden, 1955, p. 608; H. STRASBURGER, *Zur Sage von der Gründung Roms*, Heidelberg, 1968, p. 9, n. 10; W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato*, p. 105), si bien la tendencia

alguna, todo esto dificulta la determinación del momento en que la noticia fue creada. Pero antes de nada, conviene presentar el texto:

<...> *historiae Cumanae compositor Athenis quosdam profectos Sicyonem Thespi[ad]asque; ex quibus porro civitatibus, ob inopiam domiciliorum, conpluris profectos in exterar regiones, delatos in Italiam, eosque multo errore nominatos Aborigines; quorum subiecti qui fuerint +caeximparum+ viri, unicarumque virium imperio montem Palatinum, in quo frequentissimi consederint, appellavisse a viribus regentis Valentiam: quod nomen adventu Evandri Aeneaeque in Italiam cum magna Graece loquentium copia interpretatum, dici coeptum Rhomen.*

A pesar de las lagunas y corrupciones, el relato se comprende bien en sus líneas generales. Habla de unas gentes que originarias de Atenas, se asentaron en Sicione y en Tespies, pero la mayor parte tuvo que emigrar a causa de una carestía, llegando finalmente al Lacio, donde tomaron el nombre de aborígenes por lo mucho que habían vagabundeadado; sobre el Palatino, una de las colinas de la futura Roma, fundaron una ciudad a la que llamaron *Valentia* por la fuerza de su jefe, pero mucho después llegaron Evandro y Eneas y rebautizaron al poblamiento con el nombre de *Rhome*.

Por varios aspectos, el contenido de esta leyenda es sorprendente, de ahí las diversas interpretaciones que se han propuesto acerca de su procedencia. Así, G. D'Anna, quien considera a Hiperoco el historiador del tirano Aristodemo, sitúa su origen en la Cumas de comienzos del siglo V a.C. y tendría un sentido antietrusco, con la pretensión de eludir cualquier referencia a Rómulo como fundador de Roma y convertir a ésta en una ciudad griega⁶⁸. Por su parte, G. Vanotti la incluye en ese conjunto de leyendas nacidas en ambientes griegos de Occidente, de las que se hablará más adelante, que tenían como finalidad atraer a Roma frente al

más extendida se inclina por una cronología entre finales del siglo IV y comienzos del II a. c. (F. ALTHEIM, *Untersuchungen zur römischen Geschichte*, Frankfurt, 1961, vol. I, pp. 200 ss.; E. GABBA, «Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», pp. 144 ss.; C. LETTA, «La tradizione storiografica sull'età regia: origine e valore», en *Alle origini di Roma*, Pisa, 1988, pp. 72 ss.).

⁶⁸ G. D'ANNA, «Il mito di Enea nella documentazione letteraria», en *L'epos greco in Occidente*, Taranto, 1989, pp. 237 ss.

imperialismo de Dionisio I y de sus aliados celtas, de los que Roma había sido víctima⁶⁹. También se ha invocado un origen ateniense⁷⁰, en la línea de aquellas tradiciones relativas a una colonización mítica de Cerdeña y de Cumas por parte de gentes tespias con antecedentes en Atenas, como veremos inmediatamente. Sin embargo, todas estas interpretaciones no resultan admisibles, en especial por el nivel cronológico en que se mueven, pues ignoran elementos internos del relato que necesariamente conducen a una fecha más reciente: por ejemplo, la localización en el Palatino de la primitiva ciudad, lo que necesariamente obliga a su redactor a conocer la versión canónica romana protagonizada por Rómulo.

Un primer hecho a tener en cuenta es el nombre de la ciudad fundada por los aborígenes sobre el Palatino, una extraña pre-Roma que es denominada con una forma indígena, latina, Valentia, por parte de unas gentes que proceden de Grecia. En principio, la única explicación posible es que ha tenido lugar una mezcla de dos versiones, como sugiere C. Letta⁷¹. En efecto, en el comentario serviano a la *Eneida* y en Solino se hace referencia a una versión sobre este cambio de nombre, pero atribuyendo al primero de ellos, Valentia, una paternidad latina, mientras que habría sido Evandro quien lo sustituyó por Roma como palabra de origen griego⁷². Esta versión habría sido acuñada, según reconoce el interpolador a Servio, por Ateio Filólogo, autor del siglo I a.C., corrigiendo una anterior más simple: «sembra evidente —escribe Letta— che il macchinoso passaggio da *Valentia* a *Rhome* vuole pedantemente correggere una precedente teoria secondo cui il nome greco *Rhome* fu dato direttamente dagli Aborigeni, considerati di stirpe greca; ed è probabile che la necessità di questa correzione dovette essere avvertita quando venne meno la credenza nella grecità degli Aborigeni». El proceso se reconstruiría entonces de la forma siguiente: el relato griego mencionaría el origen ateniense de los aborígenes y su llegada a Italia, donde fundaron una ciudad a la que llamaron *Rhome*; pero Verrio Flaco/Festo suprimió esta última parte e incluyó la versión de Ateio, que

⁶⁹ G. VANOTTI, «Roma polis Hellenis, Roma polis Tyrrhenis», pp. 239 ss.

⁷⁰ O. GRUPPE, en *BPhW*, 32, 1911, col. 999 ss.; A. COPPOLA, «L'Occidente: mire atenesi e trame propagandistiche siracusane», en *Hesperia*, 3, Roma, 1993, pp. 105 ss.; EADEM, *Archaiologhía e propaganda*, Roma, 1995, pp. 82 ss.

⁷¹ C. LETTA. «La tradizione storiografica sull'età regia: origine e valore», pp. 71 ss.

⁷² Serv. auct., *Aen.*, 1.273; Solin., 1.1.

daba prioridad cronológica al nombre de Valentia, sin caer en la cuenta de la contradicción en que incurría.

Pero esta interpretación choca con serias dificultades. Por una parte, Ateio no menciona a los aborígenes y calla asimismo el nombre de Eneas; la única referencia a los primitivos pobladores aparece en Solino bajo los términos *iuventus Latina*, que no hay por qué identificar a los aborígenes. Además, la relación del nombre de Roma con el concepto de fuerza, especialmente en su versión griega, es un tópico muy extendido⁷³, por lo que tampoco existen razones de peso para vincular directamente la versión de Ateio con la del anónimo historiador cumano. Pero sin duda el hecho que más difícilmente puede explicarse, dentro de esta reconstrucción, es el origen del nombre de los aborígenes tal como aparece en la narración de Festo.

Aunque no lo menciona expresamente, el anónimo historiador interpreta el nombre de los aborígenes a partir de *Aberrigenes*, ya que fueron así llamados *multo errore*. Ahora bien, como hemos visto con anterioridad, esta forma es una derivación reciente del original *Aborigines* y su creación corresponde a manos latinas. Esta idea de los aborígenes como gentes errantes surge sin duda en un momento avanzado, muy posterior a su concepción originaria como autóctonos, quizá como consecuencia de una aproximación a los pelasgos, pueblo vagabundo por excelencia y cuya presencia llegó a arraigar con fuerza en la península Itálica. Dionisio de Halicarnaso considera a aborígenes y a pelasgos unidos por una relación de parentesco, y no es el único que veía una estrecha proximidad entre ambos pueblos⁷⁴. En el relato transmitido por Festo se detectan además otros interesantes puntos de contacto con los pelasgos, como ya llegó a observar J. Bayet⁷⁵. Así, el itinerario que habrían recorrido estos aborígenes por tierras

⁷³ Cf. I. OPELT, «Roma = Ῥώμη und Rom als Idee», cit.; B. ROCHETTE, «Ῥώμη = ῥώμη», *Latomus*, 56, 1997, 54-57.

⁷⁴ Dion., 1.17.1. Poco antes, al mismo Dionisio (1.10.2) recuerda que otros autores establecían una estrecha relación entre aborígenes y léleges, pueblo este último que, dada su naturaleza errabunda, fue a la larga identificado con los pelasgos. Sobre la proximidad entre aborígenes y pelasgos, en razón a esta condición «vagabunda», pueden verse J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», *MEFR*, 38, 1920, pp. 90 ss.; J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, p. 450. Cf. asimismo C. AMPOLO, en *Plutarco. Le vite di Teseo e di Romolo*, Milano, 1988, p. 263.

⁷⁵ J. BAYET, *loc. cit.* en la nota anterior.

griegas antes de su definitivo desplazamiento a Italia, que se encuentra jalonado por ciudades de profundas raíces pelásgicas. Este hecho se debe relacionar con otras tradiciones que hablan asimismo de tespíos, que con antecedentes atenienses, habrían colonizado la isla de Cerdeña bajo la guía de Iolao, hasta que al cabo del tiempo fueron rechazados y se asentaron en Cumas⁷⁶. Las leyendas sobre la presencia mítica de ateniense y tespíos en Cerdeña han sido atribuidas por A. Coppola a ambientes áticos del siglo V a.C., incluyendo en este mismo grupo la relativa a Roma, como anteriormente veíamos⁷⁷. Sin embargo, esta reconstrucción es un tanto forzada, pues aunque si bien es factible que las primeras de tales tradiciones, aquellas referidas a Cerdeña y Cumas, puedan tener un marchamo ateniense, que incluso pudo haber utilizado la vía pelásgica, la del anónimo historiador cumano por el contrario parece más bien un desarrollo tardío, que pretende extender a Roma un origen similar al que estas tradiciones atribuían a Cumas.

También podría invocarse como vínculo con los pelasgos el nombre griego de la ciudad, *Rhōmē*, relacionado con la idea de la fuerza, ῥώμη, de sus primitivos pobladores y de su jefe, símbolo en definitiva del poder que en ambientes griegos se reconocía a Roma. Una apreciación de este tipo es impensable en el siglo V, cuando Roma apenas contaba en el horizonte griego, por lo que difícilmente puede ser anterior a la segunda mitad del siglo IV, momento en que la ciudad se presenta como una potencia itálica con grandes aspiraciones hegemónicas. Es precisamente en este contexto donde debe situarse, casi con toda probabilidad, la primera noticia conocida relativa a esta idea, como veremos con más detalle en el capítulo correspondiente: se trata de una tradición anónima, transmitida por Plutarco, que atribuye a los pelasgos la fundación de Roma⁷⁸. Es difícil ver entre ambas leyendas una relación directa⁷⁹, aunque es indudable que las dos giran en torno a la misma idea, siendo la relativa a los pelasgos más coherente, la que presenta mayores visos de antigüedad.

⁷⁶ Diod., 5.16. Pausanias (10.17.5) también refiere esta leyenda, pero ignora lo relativo a Cumas. Sobre esta colonización ateniense en Cerdeña habla asimismo Esteban de Bizancio, 21 M, s.v. Ἀρχαυλίη.

⁷⁷ A. COPPOLA, *Archaiología e propaganda*, pp. 69 ss.

⁷⁸ Plut., *Rom.*, 1.1. Sobre esta tradición, *infra*, cap. III.

⁷⁹ En un sentido afirmativo se expresa J. BAYET, «Les originies de l'arcadisme romain», pp. 91 ss.

Un último aspecto a tener en cuenta es la extraña asociación entre Evandro y Eneas, lo cual no deja de ser una creación reciente. Según G. D'Anna, se trataría de una variante de la pareja formada por Eneas y Odiseo como fundadores de Roma, tal como aparece en Helánico de Lesbos⁸⁰. Sin embargo, resulta más evocadora al respecto la *Eneida* de Virgilio, donde se escenifica un encuentro entre ambos héroes en el que recuerdan sus lazos parentales, lo cual da pie a la formalización de una alianza⁸¹. Naturalmente no puede pensarse que una tradición derive de otra, pero sin duda ambas son consecuencia de un mismo estímulo: la presencia arcadia en el Lacio viene de la mano de la leyenda troyana. Por otra parte, no puede dejar de observarse que ninguno de estos héroes aparece como fundador de Roma, sino que se limitan a cambiar el nombre a una ciudad creada tiempo atrás por los aborígenes. La ausencia de una plena cualidad fundacional en la figura de Evandro no puede sorprender, pues como veremos en su momento, este héroe arcadio ve restringida su actuación a la legendaria Palantea, una «ciudad» que carece de continuidad. Sin embargo, respecto a Eneas, la pérdida de su condición de fundador de Roma tiene lugar en el siglo IV, cuando es relegado a progenitor del pueblo latino y fundador de Lavinium. La leyenda que nos ocupa no puede haber surgido por tanto previamente a esta fecha.

A la vista de todas estas consideraciones, la tradición del anónimo historiador cumano no creo que se eleve más allá del siglo II a.C.⁸², incluso de un momento avanzado del mismo. A esta conclusión llevan dos elementos contenidos en el relato, uno en la primera y otro en la segunda parte del mismo: la concepción de los aborígenes como *Aberrigenes* y la presencia de Evandro. Aunque surgida en ambiente griego, esta versión requiere un intermediario latino, ya demostrado en la localización de la ciudad fundada sobre el Palatino e imprescindible ahora en la etimología de los aborígenes

⁸⁰ Helánico, *FGH* 4F84 (= Dion., 1.72.2). Sobre este fragmento, F. SOLMSEN, «Aeneas Founded Rome with Odysseus», *HSCP*, 90, 1986, 93-110; C. AMPOLO, «Enea ed Ulisse nel Lazio da Ellanico (*FGrHist* 4F84) a Festo (432L)», *PdP*, 47, 1992, 321-342; J. MARTÍNEZ-PINNA, «Nota a Helánico, *FGH* 4F84: Eneas y Odiseo en el Lacio», en *Home-naje a F. Gascó* (Kolaios, 4), Sevilla, 1995, 669-683; G. VANOTTI, «Ellanico e l'Occidente», en *Hesperia*, 4, Roma, 1994, pp. 128 ss.

⁸¹ Verg., *Aen.*, 8.126 ss. Acerca de este encuentro y su significado, D. MUSTI, «Evandro», en *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, vol. II, 1985, pp. 439 ss.

⁸² A la misma conclusión llega I. OPELT, «Roma = Ῥώμη und Rom als Idee», p. 52.

y en la aceptación en medios romanos de unos antecedentes pelásgicos, lo que difícilmente puede ser anterior a la fecha indicada. La narración transmitida por Festo es una mezcla de diversas leyendas, readaptadas a un fin determinado, que no es otro que exponer los orígenes griegos de Roma. Para ello el redactor cumano recurre a una leyenda sobre su ciudad en la que participan gentes tespias y con referente ateniense, posiblemente de cuño pelásgico, que la reelabora situando en el centro a los aborígenes, cuyo originario carácter de pueblo autóctono es sustituido por una procedencia griega. A esta tradición, ya manipulada, añade la idea del poder de Roma, haciendo constar que lo posee desde sus orígenes, con esa extraña duplicidad de términos *valentia*/ῥώμη, pero unos orígenes por completo griegos; por último, hace participar conjuntamente a Eneas y a Evandro, operaciones destinadas todas ellas a resaltar la pureza del origen helénico de Roma.

3. ABORÍGENES = LIGURES

Sin duda alguna, también hay que referir a ámbito griego —o en cualquier caso extralatino— otra tradición sobre los aborígenes que no deja de ser sorprendente y de no fácil explicación. Se trata de la noticia, recogida por Dionisio de Halicarnaso, que convierte a los aborígenes latinos en una colonia de los ligures⁸³. Ciertamente no es ésta la única ocasión en que los ligures aparecen en las leyendas sobre el Lacio primitivo⁸⁴, pero sí asumiendo un papel de destacado protagonismo, pues con ella se pretende en definitiva convertir a los latinos en general, y a los romanos en particular, en descendientes de este pueblo del norte de Italia. Los autores modernos encuadran por lo general la noticia en el conjunto de todas esas tradiciones que podríamos calificar como «hiperbóreas», esto es relativas a la presencia legendaria de pueblos del norte en ambientes italianos, y más específicamente romanos. El punto de partida se sitúa en aquellas genealogías míticas que convirtieron a celtas, ilirios y gálatas en parientes próximos de los sículos, ya que sus res-

⁸³ Dion., 1.10.3: ἄλλοι δὲ Λιγύων ἀποίκους μυθολογοῦσιν αὐτοὺς γενέσθαι τῶν ὁμορῶντων Ὀμβρικοῖς. Inaceptable cuanto afirma V. CALESTRANI, «Aborigeni e Sabini», *Historia*, 7, 1933, 374-401, quien reconoce en Teopompo al creador de la noticia y le atribuye valor histórico.

⁸⁴ Fest., 424L; Serv. auct., *Aen.*, 11.371. Sobre estas tradiciones se tratará en el capítulo siguiente, pues en ellas los ligures aparecen arrastrados por los sículos.

pectivos héroes epónimos, Celto, Ilirio y Galas, habrían sido fruto de los amores habidos entre la ninfa siciliana Galatea y el cíclope Polifemo⁸⁵.

Hace ya mucho tiempo se reconoció en estas leyendas la obra de escritores pertenecientes al entorno de Dionisio I de Siracusa, que de esta forma pretendían justificar las relaciones políticas del tirano con los pueblos del norte, necesarias para culminar con éxito su ambicioso proyecto de hegemonía itálica⁸⁶. En este contexto histórico se produce un hecho de singular importancia, como fue la derrota de los romanos frente a las bandas celtas de Brenno y la ocupación de la ciudad, acontecimiento que tuvo una amplia repercusión en Grecia y al que siguió una alianza entre Dionisio y los celtas⁸⁷. El saqueo que en aquella ocasión sufrió Roma habría sido utilizado con fines propagandísticos por algunos sectores griegos en un sentido hostil hacia Dionisio, ofreciendo una imagen del tirano como amigo de los bárbaros y opuesto al helenismo, pues consideraban a Roma una ciudad griega. Así habría que interpretar, en opinión de A. Fraschetti, la presentación de este acontecimiento por parte de Heráclides Póntico, quien en un fragmento

⁸⁵ La exposición más completa de esta genealogía se encuentra en Apiano, *Ill.*, 2, pero ya era conocida por Timeo, *FGH* 566F69 (= *Etym. Magn.*, 220G, s.v. Γαλατία). En este fragmento se menciona únicamente a Galates como hijo de Polifemo y Galatea y epónimo de Γαλατία, región que hay que identificar con la Galia, lo cual no implica que Timeo desconociese la genealogía completa que figura en Apiano, como acertadamente sugiere D. BRIQUEL, «Des Aborigènes en Gaule: à propos d'un fragment de Timagène», en *Hesperia*. 5, Roma, 1995, p. 243; además basándose en este pasaje, el mismo Briquel cree conveniente sustituir el Galas de los manuscritos de Apiano por Galates, corrección fácilmente asumible.

⁸⁶ Así lo planteaba ya O. GRUPPE, *Griechische Mythologie*, München, 1909, vol. I, p. 361. Recientemente, L. BRACCESI, «Diomedes cum Gallis», en *Hesperia*. 2, Roma, 1991, pp. 91 ss.; IDEM, *Grecità di frontiera*, Padova, 1994, pp. 94 ss., ha destacado la importancia de los pueblos representados por estos epónimos en los intereses adriáticos de Dionisio de Siracusa. En esta misma línea: P. ANELLO, «Polifemo e Galateia», *Seia*, 1, 1984, 9-51; A. COPPOLA, «Ancora sui Celti, Iperborei e propaganda dionigiana», en *Hesperia*. 2, 103-106; G. VANOTTI, «L'archaiologia siciliana di Filisto», en *Hesperia*. 3, Roma, 1993, pp. 119 ss.; M. SORDI, «L'Europa di Filisto», en *Studi sull'Europa antica*, Alessandria, 2000, vol. I, pp. 74 ss.

⁸⁷ *Iust.*, 20.5.4. Cf. M. SORDI, *I rapporti romano-ceriti e l'origine della civitas sine suffragio*, pp. 64 ss.; A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, pp. 358 ss.; M. BONAMENTE, «Rapporti tra Dionisio il Vecchio e i Galli in Italia», *AFLPer*, 1974-75, 39-59; L. BRACCESI, «Ancora sulla colonizzazione siracusana in Adriatico (Dionigi, Diomede e i Galli)», en *Tra Sicilia e Magna Grecia*, Roma, 1989, 57-64.

transmitido por Plutarco, hablaba de Roma como una lejana πόλις Ἑλληνίς conquistada por un ejército de hiperbóreos: como señala Frascchetti, Heráclides habría utilizado una fuente procedente «da ambienti greci dell'Italia meridionale, ostili a Dionisio e alla sua politica di espansione in Italia, che vedevano in Roma, nemica dei Galli alleati di Dionisio, anch'essa come una 'città greca'»⁸⁸. En sentido similar hay que leer los primeros párrafos del libro XX de Trogo Pompeyo/Justino, donde se acusa a Dionisio de haber atacado a todos los pueblos de estirpe helénica que habitaban en Italia, elaborando una larga lista en la que se incluyen los etruscos y los latinos⁸⁹.

Para hacer frente a estas recriminaciones, los ambientes próximos al tirano se ven en la necesidad de presentar una visión favorable sobre este mismo hecho, justificando la actuación político-militar llevada a cabo tanto por Siracusa como por sus aliados. En este sentido, recientemente se ha invocado una tradición según la cual Latino, héroe epónimo del pueblo latino, fue concebido por Hércules en una doncella hiperbórea, llamada Palanto, en la colina que por ella recibió el nombre de Palatino, solar de la futura Roma, y a continuación Hércules se la entregó a Fauno, quien la convirtió en su esposa⁹⁰. Con esta leyenda se quiere expresar que los celtas no «invadieron» el Lacio, sino que su actuación responde a otros criterios perfectamente aceptables: su presencia en Roma es un νόστος, esto es el regreso a una tierra que antiguamente les había pertenecido y con cuyos habitantes tenían una ascendencia común⁹¹.

⁸⁸ Heráclides, fr. 102 Wehrli (= Plut., *Cam.*, 22.3); A. FRASCCHETTI, «Eraclide Pontico e Roma 'città greca'», en *Tra Sicilia e Magna Grecia*, Roma, 1989, 81-95 (la cita en p. 94). Véanse asimismo D. BRIQUEL, *Le regard des autres*, Besançon, 1997, pp. 13 ss.; G. VANOTTI, «Roma polis Hellenis, Roma polis Tyrrhenis», pp. 236 ss. Quizá en idéntico sentido anti-siracusano habría que considerar la noticia de Teopompo (*FGH* 115F317 [= Plin., *Nat. Hist.*, 3.57]) sobre la conquista de Roma por los galos.

⁸⁹ Iust., 20.1.1-16. Sobre este texto, A. FRASCCHETTI, «Eraclide Pontico e Roma 'città greca'», pp. 91 ss.; D. BRIQUEL, *Le regard des autres*, pp. 23 ss. M. SORDI, *I rapporti romano-ceriti e l'origine della civitas sine suffragio*, p. 65, n. 2, piensa en Teopompo como la fuente más adecuada para el pasaje en cuestión, Timeo según R. DONCEEL, «Timée et la mention d'une fondation chalcidienne de Nole dans Trogue-Pompée et Silius Italicus», *BIBR*, 34, 1962, 27-55. Cf. D. MUSTI, «La nozione storica di Sanniti nelle fonti greche e romane», en *Strabone e la Magna Grecia*, pp. 203 ss.

⁹⁰ Dion., 1.43.1; Fest., 245L; Solin., 1.14-15.

⁹¹ L. BRACCESI, «Diomedes cum Gallis», pp. 97 ss.; IDEM, *Grecità di frontiera*, pp. 103 ss.; A. COPPOLA, *Archaiologia e propaganda*, p. 97. Ya A. SCHWEGLER, *Römische*

Ciertamente la presencia de los hiperbóreos en el Lacio no deja de ser un hecho bastante singular, sólo explicable, como sucede con el mencionado fragmento de Heráclides Póntico, tras su identificación con los celtas⁹², pues unos y otros habitan en el lejano norte. Sin embargo, la localización de los hiperbóreos en el valle del Po y en el Véneto era reconocida ya por Hesíodo, quien en un texto muy fragmentario los pone en relación con el ámbar, cuyo comercio descendía en efecto desde el norte de Europa hasta alcanzar el Mediterráneo en el golfo de Venecia⁹³. Pero a pesar de todo, como señala D. Briquel, «gli Iperborei sono rimasti una realtà esteriore alla zona, senza reale legame con le popolazioni ivi stanziata. Il loro aspetto adriatico ha suscitato poco interesse»⁹⁴. No obstante, los etruscos del valle del Po, más en contacto por razones comerciales con las poblaciones de la Europa central, no parecen que olvidasen tales vínculos, pues según ha mostrado A. Mastrocinque, llegó a desarrollarse en la región un culto dedicado a Hércules Hiperbóreo, cuyo fundamento mítico no sería otro que las estrechas relaciones del héroe griego con estas gentes expresadas sobre todo en el trabajo de la cierva de Cerinea⁹⁵. Y es precisamente de la mano de Hércules como se produce la llegada de las tradiciones hiperbóreas al Lacio, pero de una manera poco intensa, pues de hecho se limitan a la referida leyenda de Hércules y Palanto. La cuestión radica ahora en determinar si esta leyenda es completamente independiente o si por el contrario se incluye en el conjunto de las tradiciones de Hércules en el Lacio. Según creo, la respuesta ha sido perfectamente formulada por D. Briquel, quien demuestra que se trata de una versión secundaria y más reciente de aquellas otras en las que la amante del héroe griego es una

Geschichte, vol. I.1, p. 216, n. 21, sugería la posibilidad de elevar la noticia a Timeo o incluso a Antíoco de Siracusa.

⁹² En opinión de G. ZECCHINI, *I druidi e l'opposizione dei Celti a Roma*, Milano, 1984, pp. 22 ss., los hiperbóreos no representarían sino la faceta mítica de los celtas; muy interesante al respecto cuanto escriben R. DION., «La notion d'Hyperboréens», *BAGB*, 1976, 143-157, y F. MARCO, «Ἐσχατοὶ ἀνδρῶν: la idealización de celtas e hiperbóreos en las fuentes griegas», *DHA*, 26, 2000, 121-147.

⁹³ Hesíodo, fr. 150. Sobre la cuestión, A. MASTROCINQUE, *L'ambra e l'Eridano*, Este, 1991.

⁹⁴ D. BRIQUEL, «Il mito degli Iperborei: dal *caput Adriae* a Roma», en *Concordia e la X Regio*, Trento, 1995, p. 191.

⁹⁵ A. MASTROCINQUE, «Eracle «Iperboreo» in Etruria», en *Ercole e l'Occidente*, Trento, 1993, 49-61.

joven indígena, motivo muy frecuente en las leyendas sobre Hércules en Occidente⁹⁶.

Quizá más importancia tiene un segundo argumento que aduce Briquel. Este investigador confiere mayor trascendencia al relato de Solino, quien cita como fuente a Sileno⁹⁷, historiador del círculo de Aníbal y a quien acompañó en su expedición a Italia⁹⁸. Las tradiciones sobre los hiperbóreos no debían ser además desconocidas a Sileno, pues éste era siciliano y es muy probable que la difusión de tales leyendas en Italia, a partir del siglo IV, haya sido responsabilidad de las ciudades griegas occidentales⁹⁹. Aníbal se sentía muy próximo a Hércules, con el que pretendía identificarse, y al mismo tiempo se presentaba como caudillo de los pueblos celtas asentados en el valle del Po, que vieron en él la posibilidad de sacudirse el dominio romano, de forma que la empresa italiana rememoraba tanto el itinerario de Hércules como la expedición de Brenno contra Roma: es muy significativo al respecto lo que se lee en la biografía de Aníbal redactada por Cornelio Nepote, cuando al narrar el paso de los Alpes por el caudillo cartaginés, dice que nadie, excepto Hércules, había logrado cruzar la cordillera con un ejército¹⁰⁰. En opinión de Briquel, el entorno de Aníbal se ofrece pues como el más apropiado para la gestación de la tradición hiperbórea relativa a Roma, y todos los indicios disponibles parecen conducir en esa dirección.

Pero Briquel sí acepta la idea según la cual los siracusanos tenían que presentar de forma menos desfavorable el ataque celta contra Roma, aunque no mediante esta vía, sino a través de la tradición sobre los aborígenes y los ligures que conocemos por Dionisio de Halicarnaso. La solución se busca invocando la ayuda de los sículos. Según Filisto de Siracusa¹⁰¹, los

⁹⁶ D. BRIQUEL, *Le regard des autres*, pp. 39 ss.; IDEM, «Il mito degli Iperborei: dal *caput Adriae* a Roma», p. 193.

⁹⁷ Sileno, *FGH* 175F8 (= Solin., 1.15).

⁹⁸ K. MEISTER, «Anibale in Sileno», *Maia*, 23, 1971, 3-9; D. BRIQUEL, «La propagande d'Hannibal au début de la deuxième guerre punique: remarques sur les fragments de Silénos de Kalèactè», en *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, 2000, vol. I, 123-127.

⁹⁹ Así lo planteaba ya J. BAYET, *Les origines de l'Hercule romain*, Paris, 1926, pp. 67 ss.

¹⁰⁰ Nep., *Hann.*, 3.4.

¹⁰¹ Filisto, *FGH* 556F46 (= Dion., 1.22.4).

sículos eran ligures, que habiendo sido expulsados de su lejano país por umbros y pelasgos y conducidos por Sicelo, de quien recibe su nombre el nuevo pueblo, descendieron la península y pasaron a Sicilia, donde se asentaron definitivamente. Los sículos son pues ligures, pero ese mismo pueblo también era considerado, de manera general, como una de las primitivas capas de población que habitaron en el Lacio, como en efecto veremos en su momento. Aplicando de hecho la propiedad transitiva según la cual si A (aborígenes) = B (ligures) y B=C (sículos), resulta que A=C, se concluye en una proximidad entre aborígenes y sículos, lo que por otra parte no está atestiguado de manera expresa, de forma que la tradición que identifica a aborígenes con ligures se debe por tanto atribuir a la historiografía siracusana de la primera mitad del siglo IV¹⁰². Como pruebas indirectas de esta interpretación, se recurre por un lado a la interpretación de los Βορείωνοι como «gentes del norte», según considerábamos en páginas anteriores, y por tanto fácilmente asimilables a ligures y a celtas, y por otro a la tradición según la cual los primeros habitantes de la Galia habrían sido asimismo los aborígenes, noticia recogida por Timágenes de Alejandría a partir de autores más antiguos¹⁰³.

Sin embargo, esta interpretación no es por completo satisfactoria y se hace necesario reconsiderarla. Ante todo creo que conviene descartar estos dos últimos argumentos indirectos, y más especialmente el relativo a los Βορείωνοι. Según veíamos en su momento, esta forma griega es una derivación de la original latina *Aborigines*, y por tanto de aparición más tardía, y si bien su significado más pertinente es el de «gentes del norte», esto no implica que deban ser llevados a las regiones más septentrionales de Italia, allí donde se establece el contacto con los hiperbóreos. El significado es muy ambiguo, pues el carácter norteño de este pueblo, como se deduce de su nombre, siempre hay que determinarlo en relación a un punto o a una región que necesariamente se sitúa más al sur; y tratándose de un término griego, casi por fuerza ese punto de referencia ha de identificarse con un área de cultura asimismo griega. Ya hemos visto cómo esas poblaciones

¹⁰² D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues», pp. 107 ss.; A. COPPOLA, *Archaïologhìa e propaganda*, pp. 94 ss. Previamente, J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», p. 89, pensaba en Filisto como fuente de Dionisio.

¹⁰³ Timágenes, *FGH 88F2* (= *Amm. Marc.*, 15.9.3): *Aborigines primos in his regionibus quidam visos esse firmarunt; Celtos nomine regis amabilis et matris eius vocabulo Galatas dicto.*

más septentrionales se corresponden con los hiperbóreos, identificados a los celtas/galos, de manera que los Βορείωνοι tienen que localizarse más al sur. El pasaje de Licofrón antes comentado es la única guía fiable.

En cuanto a la noticia de Timágenes sobre los aborígenes de la Galia, ciertamente resulta difícil precisar su significado. En un reciente trabajo sobre este fragmento, D. Briquel lo sitúa en el contexto de la propaganda favorable a Dionisio de Siracusa acerca del ataque de los celtas contra Roma, poniéndolo en relación, como acabamos de ver, con la identificación de los aborígenes como ligures que menciona Dionisio de Halicarnaso¹⁰⁴. Sin embargo, el texto de Amiano Marcelino que contiene este fragmento de Timágenes resulta muy poco explícito. En él es posible distinguir dos partes: en la primera se dice que los aborígenes constituían la población primitiva de la región y en la segunda que estos modificaron su nombre, pasando a llamarse celtas por un bondadoso rey y galos por el de su madre. Esta segunda parte se relaciona sin duda con la genealogía legendaria sobre celtas, ilirios y galos que hemos visto, por lo que quizá podría vincularse a círculos siracusanos, aunque teniendo en cuenta que si bien la anónima madre del rey posiblemente sea Galatea, nada se dice de Polifemo. Pero lo que ya no está tan claro es que esta genealogía sea por completo indisociable de la mención de los aborígenes y que en última instancia todo tenga el mismo origen. En su estudio sobre Timágenes, M. Sordi destaca cómo el *excursus* sobre la Galia que conocemos a través de Amiano debió ser un relato sumamente elaborado, para el que se utilizaron fuentes muy diversas; asimismo, observa cómo la presentación de la prehistoria de la Galia que se lee en Amiano ofrece estrechas analogías con aquella otra sobre Roma según Trogo Pompeyo/Justino, lo que lleva a pensar en una dependencia de este último respecto a Timágenes¹⁰⁵. Ahora bien, en el epítome de Trogo redactado por Justino los aborígenes no tienen una procedencia extranjera, sino que son considerados, de acuerdo con la tradición canónica romana, los primeros habitantes de Italia, y por tanto y con mayor motivo del Lacio¹⁰⁶. Si en efecto el mismo esquema parece repetirse en uno y otro autor, fácilmente se puede suponer que Timágenes no pensaba en un

¹⁰⁴ D. BRIQUEL, «Des Aborigènes en Gaule», cit.

¹⁰⁵ M. SORDI, «Timagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro», *ANRW*, II.30.1, 1982, esp. pp. 779, 787, 795 ss.

¹⁰⁶ *Iust.*, 43.1.3.

origen galo de los aborígenes latinos, sino que debió inspirarse en una fuente, posiblemente masaliota, que trataba de importar a la Galia el modelo latino, incluidos los aborígenes. En conclusión, la presencia de este legendario pueblo en la Galia como sustrato originario quizá sea consecuencia de una directa influencia latina, mejor que una manipulación contraria a Roma.

Pero el mismo relato de Dionisio ofrece elementos para buscar otras procedencias. En él se especifica que los aborígenes fueron colonos enviados por los ligures, empleando el término ἀποίκους, lo que parece indicar que el desplazamiento obedece al mecanismo característico de la colonización griega arcaica. Este hecho entra en contradicción con la mencionada versión de Filisto sobre las vicisitudes de los ligures, como ya hemos visto con anterioridad, que habla de una migración tras haber sido expulsados de su tierra; pero aun en el caso de que una parte de los ligures, en el camino hacia su nueva patria, se hubiesen asentado en el Lacio, tal establecimiento no se corresponde en absoluto al concepto de la *apoikia*. Pero además, esta migración de los ligures-sículos tiene su referencia en el Adriático, donde se concentraban grandes intereses estratégicos de Siracusa¹⁰⁷. Por otra parte, si Filisto hubiese asimilado a ligures y aborígenes, Dionisio, que transmite el mencionado fragmento de este historiador siracusano, sin duda alguna lo habría hecho constar. Briquel es consciente de esta dificultad, lo cual le lleva a pensar que los ligures ascendientes de los aborígenes serían «d'autres représentants du groupe ligure que ceux dont Sicélos avait fait des Sicules»¹⁰⁸. Pero una opción de este tipo no es tan sencilla, pues implica el desarrollo de dos teorías distintas en el seno del mismo ambiente historiográfico y de forma contemporánea, dualidad que no puede ser fácilmente superada.

Según me parece, esta leyenda no fue ideada como justificación de una presencia ligure en Roma, en sintonía con las tradiciones sobre los

¹⁰⁷ Cf. Plin., *Nat. Hist.*, 3.112. La presentación adriática de los sículos en relación a los intereses políticos de Dionisio de Siracusa es reconocida de manera casi general: pueden verse al respecto E. WIKÉN, *Die Kunde der Hellenen von dem Lande und den Völkern der Apenninenhalbinsel bis 300 v. Chr.*, Lund, 1937, pp. 81 ss.; G. COLONNA, «I Greci d'Adria», *RSA*, 4, 1974, pp. 10 ss.; IDEM, «La Romagna fra Etruschi, Umbri, Pelasgi», en *La Romagna fra VI e IV secolo a.C.*, Bologna, 1985, pp. 57 ss.; G. VANOTTI, «L'archaiologia siciliana di Filisto», pp. 118 ss.

¹⁰⁸ D. BRIQUEL, «Des Aborigènes en Gaule», p. 249.

hiperbóreos, que descansan en la asimilación de este pueblo con los celtas y por tanto utilizables en más de una ocasión en el curso de la historia de la República romana, bien en el siglo IV, a propósito de las bandas de galos que recorrían Italia, bien durante la guerra de Aníbal, tras la incorporación de la Galia Cisalpina al dominio de Roma. La identificación de aborígenes y ligures responde quizá a otros intereses, aunque siempre contrarios a Roma, pues de hecho parece que se intenta desprestigiarla utilizando sus mismos argumentos. En efecto, los ligures tenían muy mala reputación entre los romanos, sobre todo si hemos de juzgar por unos fragmentos de Catón donde se les califica de *inleterati mendacesque y fallaces*¹⁰⁹, lo cual probablemente no fuera desconocido al anónimo creador de esta leyenda. Además, el hecho de considerar a los aborígenes como una *apoikia* de los ligures, puede ser incluso más peyorativo, ya que las expediciones coloniales estaban por lo general compuestas por el sobrante social y en cierto sentido implica una dependencia hacia la metrópolis. Por tanto, esta versión no pretende sino localizar el origen del pueblo romano en el nivel más bajo de un pueblo en sí mismo ruin, como a ojos romanos eran los ligures. El desprecio no puede ser mayor. Así las cosas, ¿quién pudo ser el autor? La respuesta me parece sumamente difícil, pues tan sólo puede suponerse con cierto grado de seguridad que se trata de un griego, opuesto a Roma y como muy pronto de la segunda mitad del siglo III a.C., esto es a partir del momento en que los ligures penetran en el horizonte estratégico romano. Teniendo en cuenta que los ligures fueron aliados de Aníbal en su expedición italiana, resulta tentador volver de nuevo la mirada hacia los círculos historiográficos procartagineses. Pero en realidad, tratar de ir más lejos con los datos y planteamientos actualmente en vigor, creo que es una aventura no carente de riesgo.

¹⁰⁹ Catón, frs. 31-32P = frs. II.1-2Ch. Estos pasajes son recordados en el comentario a la *Eneida* de Virgilio (Serv. auct., *Aen.*, 11.715; Serv., *Aen.*, 11.700), pues cuando el poeta presenta a un guerrero ligur en combate con Camila, no pierde ocasión para tacharle de mentiroso, primero a él solo y después a todo el pueblo de los ligures al cual representaba. Sin embargo, G. A. MANSUELLI, «Le fonti storiche sui Liguri. I», *RSL*, 49, 1983, p. 8, piensa que Catón «non alludeva tanto ad un aspetto comportamentale, quanto all'inesistenza di una memoria storica, cioè ad un aspetto culturale». Pero ambas connotaciones negativas no se oponen entre sí: cf. G. TRAINA, «Roma e l'Italia: tradizioni locali e letteratura antiquaria», *RAL*, 4, 1993, p. 596.

4. LAS TRADICIONES LATINAS MÁS ANTIGUAS: CATÓN

El papel de los aborígenes en los escritores latinos previos a Catón levanta muy serios problemas, dada la enorme exigüidad de los testimonios disponibles. Se sabe que Fabio Pictor hablaba sobre Hércules en Italia y conocía asimismo a Evandro como introductor de la escritura en el Lacio¹¹⁰, pero ninguno de sus fragmentos recuerda a los aborígenes. Sin embargo, la presencia de este pueblo se intuye en una perspectiva que no ha de ser muy distante a la que se lee en la tradición canónica¹¹¹. Más problemática se presenta la situación en los poetas Nevio y Ennio, cuyos respectivos relatos sobre la llegada de Eneas al Lacio, en términos generales, no en los detalles, debían ser bastante semejantes entre sí; uno y otro siguen un tronco de tradición distinto al de los historiadores, pues entre otras diferencias, presentan a Rómulo como hijo de una hija de Eneas, Ilia¹¹².

En los fragmentos conservados de ambos poetas no se encuentra mención expresa de los aborígenes y los habitantes primitivos del Lacio, aquellos que habrían recibido a Eneas, se perciben de manera muy difusa. Así, el único verso de Ennio que puede invocarse al respecto se refiere a los *Prisci Latini*, a los que califica con los términos *casca populi*¹¹³. Ahora bien, sabemos por un fragmento de Saufeio que los aborígenes fueron también llamados *Cascei*¹¹⁴, sin duda en razón a su antiquísimo origen. ¿Se esconde acaso en los *casca populi* de Ennio una referencia velada a los aborígenes?¹¹⁵ Sin embargo, puede también interpretarse que los latinos, de antiquísimo origen, eran el pueblo que habitaba el Lacio cuando se pre-

¹¹⁰ Hércules: fr. 1Ch; Evandro: fr. 1P = 2Ch (= Mar. Vict., *GLK*, VI.23).

¹¹¹ G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, p. 99, supone que habría sido Fabio Pictor quien introdujo el episodio de la guerra entre aborígenes y troyanos.

¹¹² Serv. auct., *Aen.*, 1.273: *Naevius et Ennius Aeneae ex filia nepotem Romulum conditorem urbis tradunt*; Serv., *Aen.*, 6.777: *Dicit [Ennius] Iliam fuisse filiam Aeneae; quod si est, Aeneas avus est Romuli*.

¹¹³ Enn., fr. 19 V (= Var., *L. L.*, 7.28): *Quam Prisci casca populi tenuere Latini*.

¹¹⁴ Saufeio, fr. 2P (= Serv., *Aen.*, 1.6): *Saufei Latium dictum ait, quod ibi latuerant incolae, qui quoniam in cavis montium vel occultis caventes sibi a feris beluis vel a valioribus vel a tempestatibus habitaverint Cascei vocati sunt, quos posterius Aborigines cognominarunt*.

¹¹⁵ Así lo entendía A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, vol. I.1, p. 202.

sentó Eneas¹¹⁶. Respecto a Nevio, un enigmático pasaje del libro I de su *Bellum Punicum* menciona a unos «hombres de los bosques e ineptos para la guerra»¹¹⁷. Es común interpretar este verso como una referencia a la población que encontró Eneas a su llegada al Lacio, por tanto a los aborígenes¹¹⁸. A primera vista, tal identificación resulta por completo pertinente y cuadra con otros indicios acerca de la visión que los antiguos dan de este pueblo. Así, la expresión *silvicolae homines* inevitablemente recuerda la mencionada alusión de Virgilio, que en más de un aspecto se inspiró en Nevio, a la población primitiva del Lacio como surgida de los árboles. De igual manera, esa carencia de facultades bélicas de los aborígenes coincide con la presentación que de ellos hace el autor de la *OGR* en un pasaje que probablemente derive de Catón, como veremos en seguida. En general, la idea de los aborígenes como un pueblo inmerso en un bajo nivel cultural se encuentra con bastante frecuencia en las noticias que proporcionan los antiguos acerca de estas gentes.

Sin embargo, la identificación de los aborígenes con estos hombres agrestes plantea algunos dificultades de no fácil solución. En primer lugar, tenemos la situación del fragmento en el conjunto del poema de Nevio, problema de enorme envergadura y en el que por fortuna no es necesario entrar de lleno, sino tan sólo señalar algunos datos. Como acabamos de ver, su transmisor lo atribuye al libro I, pero teniendo en cuenta que los viajes de Eneas posiblemente ocupaban también parte del libro II, no deja de suscitarse una cierta contradicción, de ahí que una parte de los editores de Nevio prefiera identificar a los *silvicolae homines* con un pueblo que habría encontrado Eneas en la costa de África o en cualquier otro punto de su itinerario¹¹⁹. En similar sentido podría invocarse que otro fragmento, en el que se presenta a Anquises realizando una operación augural con vistas a la fundación de una ciudad, que no sería otra que Lavinium, es situado en

¹¹⁶ G. DURY-MOYAERS, *Énée et Lavinium*, Bruxelles, 1981, p. 82.

¹¹⁷ Naev., fr. 21 M (= Macr., *Sat.*, 6.5.9): *silvicolae homines bellique inertes*.

¹¹⁸ J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, p. 640; E. PASOLI, «Sul fram. 21 Morel del *Bellum Punicum* di Nevio», en *Poesia latina in frammenti*, Genova, 1974, 67-83; A. ALFÖLDI, *Die Struktur des voretruskischen Römerstaates*, Heidelberg, 1974, p. 114; G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, pp. 21 ss.; R. GODEL, «Virgile, Naevius et les Aborigènes», *MH*, 35, 1978, p. 277.

¹¹⁹ Véase sobre estas cuestiones R. GODEL, «Virgile, Naevius et les Aborigènes», pp. 275 ss.

el libro III¹²⁰, por tanto muy alejado del supuesto desembarco de Eneas en el Lacio y su encuentro con los aborígenes en el libro I. En segundo lugar, según parece la ciudad de Alba existía con anterioridad a la llegada de Eneas al Lacio, con cuyo rey, Amulio, entró en contacto el héroe troyano, quien contrajo matrimonio con una princesa real, episodio que también conoce Ennio¹²¹. Este hecho presupone que los más antiguos pobladores del Lacio conocían la estructura urbana, lo cual no se adapta con facilidad a su anterior definición como hombres de los bosques. La única solución posible es quizá la que propone G. D'Anna, según la cual Eneas habría desembarcado en el país de los laurentes, donde encontró a los *silvicolae homines* y su rey Latino, para en un segundo momento dirigirse a Alba, donde reinaba Amulio¹²². Esto implica que en el Lacio primitivo, mítico-histórico, existían diversos pueblos con distinto grado de civilización, los aborígenes en un nivel socio-cultural muy bajo y los albenses habitantes de ciudades, lo cual no es fácil aceptar. En toda la tradición, tanto la anterior como la posterior a Nevio, los aborígenes definen una única capa de población que se extiende por todo el Lacio.

Realmente no sabemos cómo presentaban Nevio y Ennio este antiguo Lacio sobre el que se asentaron los troyanos de Eneas. A título de hipótesis, y partiendo del supuesto que Virgilio se inspira en ciertos aspectos en la épica anterior, es posible ofrecer una reconstrucción en términos generales y siempre sometida a la sospecha de la incertidumbre. Virgilio ofrece una presentación de la prehistoria del Lacio que en gran medida se separa de la que seguían los historiadores y anticuarios contemporáneos¹²³. El

¹²⁰ Naev., fr. 3 M (= Prob., *Ad Verg. Ecl.*, 6.31): *Postquam avem aspexit in templo Anchisa, / sacra in mensa penatium ordine ponuntur, / immolabat auream victimam pulchram*. Véase sobre el significado fundacional, G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, pp. 84 ss.; IDEM, «Alba Longa in Nevio, Ennio e nei primi annalisti», en *Alba Longa. Mito, storia, archeologia*, Roma, 1996, pp. 107 ss. Por su parte, J. PERRET, quien considera que los viajes de Eneas ocupaban sólo el libro I, traslada a este último el fr. 3 y lo interpreta como un sacrificio que realiza Anquises en el momento de la partida de Troya (*Les origines de la légende troyenne de Rome*, p. 479).

¹²¹ Naev., fr. 24 M (= Non., 116.31 M); Enn., fr. 26 V (= Fort., *GLK*, VI.284). Véase G. D'ANNA, «Alba Longa in Nevio, Ennio e nei primi annalisti», pp. 110 ss.

¹²² G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, p. 89, n. 87; IDEM, «Alba Longa in Nevio, Ennio e nei primi annalisti», pp. 114 ss.

¹²³ Sobre este tema, F. DALLA CORTE, *La mappa dell'Eneide*, pp. 239 ss.; G. MADDOLI, «Latini», en *Enc. Virg.*, Roma, vol. III, 1987, pp. 129 ss.; D. BRIQUEL, «Virgile et les Aborigènes», cit., esp. pp. 77 ss.

poeta nunca menciona el término *Aborígenes*, según Servio por razones métricas¹²⁴, pero sí conoce su existencia, y así cuando se refiere a los antepasados del rey Latino utiliza la expresión *ab origine reges*, lo que motiva el mencionado comentario de Servio. Para Virgilio eran los latinos, y no los aborígenes, quienes definían la población primitiva del Lacio y aquellos que encontró Eneas cuando definitivamente desembarcó en Italia, pero la imagen que ofrece de ellos es la que comúnmente se otorga a los aborígenes. Estos primitivos latinos son descritos como gentes incivilizadas, surgidas de los árboles y carentes de toda cultura y tradición, hasta que Saturno, ejemplo de héroe civilizador, les dio leyes e inauguró unos *aurea saecula*, según relata Evandro a Eneas¹²⁵. Y así, gracias a la acción de los diferentes reyes, los latinos pasan de un estadio de barbarie a vivir en ciudades, de forma que cuando Eneas llega a esta tierra, se encuentra con una sociedad urbana y civilizada. Que Virgilio tuviese intereses muy concretos en ofrecer esta visión del Lacio primitivo es más que probable, según es comúnmente aceptado¹²⁶, de acuerdo con la ideología y propaganda que emanan del círculo de Augusto. Pero quizá tampoco habría que descartar una influencia de la tradición épica presente sobre todo en Nevio.

Como ya se ha señalado con anterioridad, el primer autor que trató extensamente sobre los aborígenes, al menos hasta donde podemos saber con certeza, fue Catón, quien distanciándose de la visión de los poetas, estableció una doctrina ampliamente seguida por la historiografía posterior. Sin embargo, no es menos cierto que su idea sobre este legendario pueblo nos ha llegado de manera muy fragmentaria y no exenta de contradicciones. Pero las pocas pinceladas que se perciben de su obra muestran que no sólo se interesó por la cuestión de su origen, sino que debió ofrecer un panorama bastante completo, procurando proporcionar una

¹²⁴ Serv., *Aen.*, 7.184: *ab origine pro 'Aboriginum reges', sed est metro prohibitus*. Cf. sin embargo, D. BRIQUEL, «Virgile et les Aborigènes», pp. 79 ss.

¹²⁵ Verg., *Aen.*, 8.314-323: *haec nemora indigenae Fauni Nymphaeque tenebant / gensque virum truncis et duro robore nata, / quis neque mos neque cultus erat, nec iungere tauros / aut componere opes norant aut parcere parto, / sed rami atque asper victu uenatus alebat. / primus ab aetherio venit Saturnus Olympo / arma Iovis fugiens et regnis exsul ademptis. / is genus indocile ac dispersum montibus altis / composuit legesque dedit, Latiumque vocari / maluit, his quoniam latuisset tutus in oris*.

¹²⁶ Véase J. PERRET, «Problèmes topographiques au royaume de Latinus», en *Mélanges R. Dion*, Paris, 1974, pp. 174 ss.

definición que llegó a cuajar con cierto éxito en los planteamientos de autores más recientes.

Un primer aspecto a considerar, y que resulta bastante incómodo, es el relativo a la procedencia de los aborígenes, pues las opiniones atribuidas a Catón en el fondo son contradictorias¹²⁷. En primer lugar está el testimonio de Dionisio de Halicarnaso, según el cual los más prestigiosos de los historiadores romanos, y cita expresamente a Catón y a Sempronio Tuditano, afirman que los aborígenes eran griegos procedentes de Acaya, que llegaron a Italia varias generaciones antes de la guerra de Troya¹²⁸. Dionisio hace esta afirmación con gran rotundidad, transmitiendo la impresión de que, en efecto, los historiadores romanos, no sólo los mencionados sino «otros muchos», eran de esta opinión, pero que ninguno de ellos hacía la menor indicación «sobre la nación griega a la que pertenecían, ni sobre la ciudad de la que partieron, ni sobre la época de su migración, ni sobre el jefe que la dirigió, ni sobre las circunstancias que les obligaron a abandonar su patria»; y lo que parece más grave, tampoco citaban historiador griego alguno que apoyase tal opinión. Este comentario levanta por sí mismo ciertas sospechas de veracidad, impresión que se refuerza cuando al final de su demostración sobre el origen griego de los aborígenes, Dionisio repite la misma fórmula, «Catón, Sempronio y muchos otros»¹²⁹. Resulta cuanto menos extraño que entre tantos autores latinos que coincidían en la misma idea, ninguno se preocupara lo más mínimo por averiguar algo más sobre la procedencia de los aborígenes, indicando tan sólo un origen aqueo. Teniendo en cuenta el obsesivo interés de Dionisio por demostrar el carácter helénico de Roma desde su más lejano pasado, y conociendo que en la tradición romana el sustrato de población originario estaba

¹²⁷ Cf. U. W. SCHOLZ, «Zu Catos Origines I», *WJA*, 4, 1978, pp. 101 ss.

¹²⁸ Dion., 1.11.1 (Catón, fr. 6 P = fr. I.4 Ch; Sempronio, fr. 1 P = fr. 1 Ch): Οἱ δὲ λογιώτατοι τῶν Ῥωμαϊκῶν συγγραφέων, ἐν οἷς ἐστὶ Πόρκιος τε Κάτων ὁ τὰς γενεαλογίας τῶν ἐν Ἰταλίᾳ πόλεων ἐπιμελέστατα συναγαγὼν καὶ Γάιος Σεμπρόνιος καὶ ἄλλοι συχνοί, Ἕλληνας αὐτοὺς εἶναι λέγουσι τῶν ἐν Ἀχαΐᾳ ποτὲ οἰκησάντων, πολλαῖς γενεαῖς πρότερον τοῦ πολέμου τοῦ Τρωικοῦ μεταναστάντας. Οὐκέτι μέντοι διορίζουσιν οὔτε φύλον Ἑλληνικὸν οὐ μετεῖχον, οὔτε πόλιν ἐξ ἧς ἀπανέστησαν, οὔτε χρόνον οὔθ' ἡγεμόνα τῆς ἀποικίας οὔθ' ὁποῖαις τύχαις χρησάμενοι τὴν μητρόπολιν ἀπέλιπον· Ἑλληνικῶ τε μύθῳ χρησάμενοι οὐδένα τῶν τὰ Ἑλληνικὰ γραψάντων βεβαιωτὴν παρέσχοντο.

¹²⁹ Dion., 1.13.2.

definido por los aborígenes, era condición casi necesaria en su demostración convertir a estos últimos en griegos emigrados, y nada mejor que invocar la autoridad de historiadores romanos, y en especial de Catón por su conocida aversión hacia lo griego, que sirviesen de fundamento al desarrollo de su teoría. No se trata de acusar a Dionisio de falsario, pero desde luego no sería ésta la única vez que manipula los datos en beneficio de su propio interés¹³⁰.

Entre los modernos existe sin embargo una tendencia generalizada a dar por bueno este testimonio de Dionisio sobre Catón, a pesar de las dificultades que, como en seguida veremos, suscita su aceptación. En el mejor de los casos, se cree que si bien Catón no pensaba que los aborígenes procedían de Grecia, sí lo reseñó como una teoría extendida ya en su época. Así, J. Perret defiende que fue Nevio quien acuñó el término y el concepto de *Aborigines*, pero que habría sido Fabio Pictor, historiador filohelénico, quien les concedió un origen griego¹³¹. Por su parte, C. Letta piensa que Catón refería la noticia como opinión ajena, aunque él no la seguía, pero el simple hecho de mencionarla denuncia que esta tradición estaba ya admitida entre los romanos; su creación sería obra de historiadores griegos, presente quizá ya en Timeo y desde luego en Hiperoco de Cumas, de donde habría pasado a Fabio Pictor, quien utiliza frecuentemente la «crónica cumana», y de ahí a Catón¹³². Pero estas interpretaciones son meras suposiciones, cuyo fundamento es además muy endeble. No se conoce fragmento alguno de Timeo que hable sobre los aborígenes, y aunque se acepte que la «noticia romana» de Licofrón refleja sus ideas, no se encuentra indicio en el poema de que los Βορείωνοι procedan del Egeo. Y algo similar sucede con Fabio Pictor. Por otra parte, el texto de Hiperoco de Cumas que se invoca como prueba del origen griego de los aborígenes no es otro que el ya comentado atribuido al enigmático *historiae Cumanae compositor*, cuya identificación con Hiperoco y ubicación en el siglo III a.C. no está nada claro, como ya sabemos.

¹³⁰ Cf. D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 404: «si Denys n'est pas vraiment un faussaire, il lui arrive cependant de modifier ce qu'il trouve dans ses lectures pour l'adapter à sa vision personnelle». Véase asimismo J. MARTÍNEZ-PINNA, «Catón y la tesis griega sobre los aborígenes», *Athenaeum*, 87, 1999, esp., pp. 107 ss.

¹³¹ J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, pp. 640 ss.

¹³² C. LETTA, «L'Italia dei mores romani nelle Origines di Catone», *Athenaeum*, 72, 1984, pp. 424 ss.

De mejores apoyos goza la opinión de D. Briquel. Según este autor, la invocación a Sempronio Tuditano resulta sospechosa, pues no es éste uno de los historiadores que utiliza Dionisio como fuente, por lo que su mención junto a Catón debe proceder no de una consulta directa, sino a través de un intermediario, que no sería otro que Varrón. En palabras de Briquel, «Denys aurait trouvé mention conjointe de Caton et de Sempronius Tuditanus dans une note consacrée par le Réatin à la doctrine grecque des Aborigènes»¹³³. Esta interpretación entra en lo posible, pues Dionisio depende mucho de Varrón para el tema de los aborígenes, pero según creo, no resuelve el problema principal, que no es otro que la creencia por parte de Catón de una procedencia helénica de este legendario pueblo, hecho que no se encuentra avalado por el contenido de otros fragmentos.

Según el gramático Servio, Catón decía que los aborígenes fueron los primeros habitantes de Italia y que habiendo llegado los frigios (troyanos) de Eneas, se unieron a ellos y dieron lugar al pueblo latino¹³⁴. Este fragmento presenta también sus dificultades, sobre todo desde el momento en que Servio menciona a Salustio como seguidor de la visión de Catón. Se trata de un pasaje situado en los comienzos de su *Conjuración de Catilina*, donde Salustio repasa muy brevemente la historia de Roma para mostrar cómo las costumbres se pervertieron cuando la ciudad, que nació de humildes orígenes, se convirtió en grande y poderosa. Aquí Salustio describe a los aborígenes con términos muy duros, definiéndoles como gentes por completo incivilizadas, que se dulcificaron tras su fusión con los troyanos¹³⁵. El problema entonces no es otro que determinar hasta dónde alcanza la influencia de Catón sobre Salustio, y en esto las opiniones no son concordantes.

¹³³ D. BRIQUEL, «Denys d'Halicarnasse et la tradition antiquaire sur les Aborigènes», *Pallas*, 39, 1993, pp. 26 ss. (la cita en, p. 27).

¹³⁴ Catón, fr. 5 P = fr. I.6 Ch (= Serv., *Aen.*, 1.6): *Cato in originibus hoc dicit, cuius auctoritatem Sallustius sequitur in bello Catilinae, primo Italiam tenuisse quosdam qui appellabantur Aborigines. Hos postea adventu Aeneae Phrygibus iunctos Latinos uno nomine nuncupatos.*

¹³⁵ Sall., *Cat.*, 6.1-2: *Vrbem Romam, sicuti ego accepi, condidere atque habuere initio Troiani, qui Aenea duce profugi sedibus incertis vagabantur, cumque eis Aborigines, genus hominum agreste sine legibus, sine imperio, liberum atque solutum. Hi postquam in una moenia convenere, dispari gente, dissimili lingua, alius alio more viventes, incredibile memoratu est quam facile colaverint: ita brevi multitudo diversa atque vaga concordia ciuitas facta erat.*

En este pasaje, Salustio se inclina por una versión de los orígenes de Roma que no circulaba ya en su época, pues otorga a Eneas la cualidad de fundador, lo que le desvincula de la tradición canónica romana. G. D'Anna piensa que Salustio siguió las ideas de su maestro Ateio Filólogo, quien como veíamos en páginas anteriores, se inscribía en ese grupo de autores que explicaba la fundación de Roma desde un punto de vista griego, utilizando el juego de palabras *Valentia*/*Ῥώμη*¹³⁶. Por tanto, Salustio no deriva de Catón, sino que todo se debe a una confusión de Servio¹³⁷. Como apoyo indirecto de esta interpretación podría invocarse el hecho siguiente: las palabras que Salustio dedica a los aborígenes son repetidas por el pseudo-Aurelio Víctor sin mencionar a Catón, a quien utiliza en otros pasajes de su obra, pero cita expresamente a Salustio con intención crítica al comparar su visión con la de Virgilio, quien ofrece la imagen de un pueblo ya civilizado¹³⁸. Sin embargo, no veo claramente la relación entre lo que dice Salustio y lo que conocemos de Ateio. Con anterioridad señalaba las dificultades que surgen al vincular de forma directa a Ateio con el fragmento del desconocido cronista cumano que mencionaba a los aborígenes y a Eneas. Pero además, el héroe troyano no figura en esta tradición como fundador, y sí en Salustio, y asimismo sorprende que unas gentes de procedencia griega, tal como son considerados los aborígenes, carezcan de todo atisbo de civilización, según los presenta el historiador romano. Realmente no puedo explicar de manera por completo satisfactoria por qué Salustio prefiere aquellas antiguas versiones griegas que hacían de Roma una fundación de Eneas, aunque quizás haya que entender sus palabras no como expresión de una auténtica fundación, sino en el sentido de que fue entonces, con la llegada de Eneas y la formación del pueblo latino, cuando se establecieron los cimientos de la civilización romana. Pero al margen de este hecho, los restantes elementos que conforman su versión sí se ajustan a criterios presentes en la tradición romana y pueden perfectamente tener en Catón su primer punto de referencia.

¹³⁶ Serv. auct., *Aen.*, 1.273: *Ateius adserit Romam ante adventum Evandri diu Valentiam vocitatem, sed post Graceo nomine Romanen vocitatam.*

¹³⁷ G. D'ANNA, *Problemi di letteratura latina arcaica*, pp. 116 ss.; IDEM, «Il mito di Enea nella documentazione letteraria», pp. 236 ss. También se manifiesta en este sentido E. S. GRUEN, *Culture and National Identity in Republican Rome*, Ithaca, 1992, p. 59, n. 61.

¹³⁸ *OGR*, 8.3.

Según creo, Salustio tomó de Catón no sólo la etnogénesis de la nación latina, formada a partir de la unión de troyanos y aborígenes, sino también la caracterización de estos últimos como gentes incultas, así como la diferencia de raza, lengua y costumbres existentes entre ambos pueblos¹³⁹. Asimismo, es posible que Salustio, de acuerdo con la tradición romana y a tenor de la definición que proporciona sobre los aborígenes, considerara a estos últimos como la población originaria del Lacio y por tanto autóctona, con lo cual se produciría una nueva coincidencia con Catón. En efecto, el mencionado fragmento transmitido por Servio utiliza, en referencia a los aborígenes, la expresión *primo Italiam tenuisse*, lo que claramente da a entender que se trata de los primeros habitantes del Lacio, y por extensión de Italia. Esta consideración choca con el origen griego que, según Dionisio, Catón atribuía a los aborígenes, ya que la única manera de conciliar ambas versiones es mediante la suposición de que la llegada de este pueblo se produjo sobre una Italia vacía, lo cual no parece posible. Si hay que elegir entre Servio y Dionisio sobre quién transmite el auténtico pensamiento de Catón, sin duda el primero goza de mayores ventajas, pues el comentarista simplemente traslada lo que lee, no le mueve interés alguno en manipular los datos¹⁴⁰, mientras que Dionisio está muy determinado por una idea cuya demostración se impone como una ineludible obligación. En definitiva, no sabemos con certeza si Dionisio mintió o no, pero lo que me parece que no ofrece dudas es que Catón no miraba hacia Grecia cuando trataba sobre los aborígenes.

Como podemos observar, una de las características más señaladas de los aborígenes en la perspectiva de Catón era su naturaleza agreste. Un indicio se encuentra sin duda en un fragmento, que ha pasado bastante desapercibido, conservado en el comentario de Servio a Virgilio, donde a propósito de la población del Lacio que se enfrenta a Eneas, se alaba la dureza y austeridad, en virtud de su estirpe, de estas gentes¹⁴¹. Esta obser-

¹³⁹ Así ya J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, p. 535.

¹⁴⁰ Esto no quiere decir que en ocasiones Servio cometa errores a la hora de transcribir la opinión de otros autores y en concreto de Catón, como certeramente señala J.-C. RICHARD, «Ennemis ou alliés? Les Troyens et les Aborigènes dans les *Origines* de Caton», en *Hommages R. Schilling*, Paris, 1983, 403-412, a propósito de las relaciones entre Latino y Eneas tras el desembarco de éste en el Lacio.

¹⁴¹ Catón, fr. 76P = fr. III.9Ch (= Serv., *Aen.*, 9.600): *durum a stirpe genus Italiae disciplina et vita laudatur; quam et Cato in originibus et Varro in genti populi Romani commemorant.*

vacación se reafirma por un hecho que figura en la *OGR* a propósito del enfrentamiento que tiene lugar entre las fuerzas de Eneas y Latino nada más desembarcar el primero en el Lacio. Frente a la superior preparación bélica de los troyanos, *militariter instructos*, dice el pseudo-Aurelio Víctor, los aborígenes oponían una desordenada multitud de combatientes *lapidibus ac sudibus armati*, esto es armados con piedras y palos¹⁴². Como señala J.-C. Richard, observando la coincidencia entre Catón y lo expuesto por Salustio, las primeras muestras de civilización habrían llegado a Italia a través de los troyanos: «l'exemple des *res militaria* a sur ce point valeur de preuve»¹⁴³. Esta descripción difícilmente se conjuga con la idea de un pueblo venido de ultramar, al que por el mero hecho de la migración, se le debe suponer en posesión de una mínima organización y aptitud bélicas, lo que todavía es más chocante si se le concede una procedencia griega.

La consideración de los aborígenes como gente incivilizada está muy anclada en la idea que los antiguos se hacían sobre estas gentes. Y no sólo por lo que dice Salustio, basándose en Catón, sino que otras noticias por completo independientes ahondan en la misma idea. Así, vemos cómo Lucio Saufeio, autor latino coetáneo de Cicerón, dibujaba a los aborígenes como un antiquísimo pueblo del Lacio que habitaba en cavernas¹⁴⁴. Por otra parte, aquella etimología a partir de *ab* y ὄρος, que definía a los aborígenes como gentes de la montaña, debe explicarse sin duda en este mismo contexto. Como veremos en su momento, Dionisio la escogió porque se adaptaba perfectamente a su propósito de situar la procedencia de los aborígenes en Arcadia, país de naturaleza montañosa, pero no fue invención suya, sino que la tomó de Varrón. Este último, en su *De gente populi Romani*, decía que después del diluvio, los seres superiores se habían refugiado en las montañas, donde permanecieron tras la victoria sobre los gigantes; pero como ha demostrado J.-C. Richard, se trata de una referencia a los dioses, no a los aborígenes¹⁴⁵. La cualidad montañesa de estos últimos es por el contrario sinónimo de agreste, salvaje, de quienes practican

¹⁴² *OGR*, 13.1.

¹⁴³ J.-C. RICHARD, «Ennemis ou alliés?», p. 411.

¹⁴⁴ Saufeio, fr. 2 P (= Serv., *Aen.*, 1.6). El vínculo entre esta descripción primitiva de los aborígenes y la visión de Virgilio (supra n. 125) puede encontrarse en Serv., *Aen.*, 8.315.

¹⁴⁵ Varrón, en Serv., *Aen.*, 3.578; J.-C. RICHARD, «Varron, l'Origo gentis Romanae et les Aborigènes», p. 34.

una economía de subsistencia y opuestos por tanto a los que habitan en la llanura, más dedicados a la agricultura y abiertos al exterior; en definitiva se trata de una condición paralela a su bajo nivel cultural. Esta oposición llanura-montaña se deja ver también en el propio Dionisio, cuando al relacionar las diferentes opiniones que circulaban sobre los aborígenes, una de ellas les tenía por gentes sin pasado, mezcla de pueblos errantes que, protegidos en sus fortalezas, se dedicaban a la rapiña y al pastoreo¹⁴⁶.

Esta misma idea de gente incivilizada aplicada a la población primitiva del Lacio se puede leer en Virgilio, como acabamos de ver, aunque él no utiliza el término *Aborígenes*. Esta situación se repite en el autor de la *OGR*, quien se inspira en Virgilio para la redacción de los tres primeros capítulos. Cuando el pseudo-Aurelio Víctor se refiere a los súbditos de Jano como primer rey de Italia, menciona ante todo su *simplicitas* y alude a la autoctonía, para a continuación declararles abiertamente primitivos y salvajes¹⁴⁷. Al igual que el poeta, este anónimo autor no cita expresamente a los aborígenes, sobre los que hablará más adelante, sino que utiliza la forma *indigenae*, prácticamente similar a autóctonos y por tanto asimilables a los aborígenes¹⁴⁸.

Por último, la visión negativa de los aborígenes no dejó de ser utilizada por los enemigos de Roma como instrumento de propaganda. Justino pone en boca de Mitrídates VI frases despectivas hacia los romanos, a los que acusa de odiar a las monarquías por el vergonzoso recuerdo de sus propios reyes, y emplea en referencia a Rómulo la expresión *pastores Aboriginum*¹⁴⁹. Como ha demostrado D. Briquel, en este párrafo, que muy posi-

¹⁴⁶ Dion., 1.10.2, quien explica por esta razón la forma *Aberrigenes*. No deja de ser significativo que esta misma etimología se encuentre implícita en la tradición atribuida por Festo (328L) al desconocido historiador cumano, quien sin embargo ofrece una imagen de los aborígenes completamente distinta.

¹⁴⁷ *OGR*, 1.2: *quod eorum parentes atque originem ignorabant, caelo et terra editos... ipsi crederent*; 3.1: *indigenas rudes incultosque*.

¹⁴⁸ J.-C. RICHARD, «Varron, l'*Origo gentis Romanae* et les Aborigènes», p. 31; A. MOMIGLIANO, «Some Observations on the '*Origo Gentis Romanae*'», *JRS*, 48, 1958, p. 65. Cf. Serv., *Aen.*, 8.134: *indigenae, id est inde geniti, ἀντόχθονες*; 8.328: *indigenae sunt inde geniti, ut de Faunos dixit; advenae da un loco venientes*. La expresión *indigenae Fauni Nymphaeque* que utiliza Virgilio (*Aen.*, 8.314), y que repite Censorino (*Die nat.*, 4.11), reenvía hacia la noción de los aborígenes, como señala D. BRIQUEL, «Virgile et les Aborigènes», p. 78; cf. Gell., *Noct. At.*, 6.21.7; 16.10.7.

¹⁴⁹ *Iust.*, 38.6.7.

blemente deriva del historiador Metrodoro de Skepsis, conocido por su antiromanismo, se resalta el desprecio que el rey del Ponto siente hacia sus enemigos, invocando para ello datos obtenidos de la propia tradición romana. Así, vemos cómo a la cabeza de la serie *aut aruspices Sabinorum* (Numa Pompilio) *aut exules Corinthiorum* (Tarquinio Prisco) *aut servos vernasque Tuscorum* (Servio Tulio), sitúa a los *pastores Aboriginum* por la condición de gente bárbara e incivilizada que caracterizaba a este pueblo¹⁵⁰. En líneas generales, la conformación de los aborígenes coincidía con aquella que los filósofos atribuían al hombre primitivo, según se observa en la descripción que del mismo proporciona Lucrecio y que, como señala R. Godel, se ajusta a la idea que sobre este legendario pueblo transmiten los antiguos¹⁵¹.

Mayores problemas plantea otro fragmento de Catón, transmitido esta vez por Lido, según el cual Evandro y los arcadios llegaron a Italia e introdujeron el dialecto eolio entre los bárbaros¹⁵². La noticia se enmarca en la teoría de la influencia eolia sobre el latín, desarrollada sobre todo en el siglo I a.C. y que tiene uno de sus principales protagonistas en Varrón, cuyo nombre acompaña al de Catón en el texto de Lido. La duda surge a propósito de Catón, en el sentido de si las preocupaciones lingüísticas que subyacen en dicha teoría existían en su época¹⁵³. Dar una respuesta segura a esta última cuestión no es tarea fácil, pero me parece que la referencia a Catón esconde, cuanto menos, un interés de éste por expresar una influencia griega en el

¹⁵⁰ D. BRIQUEL, «*Pastores Aboriginum* (Justin 38, 6, 7): à la recherche d'une historiographie grecque anti-romaine disparue», *REL*, 73, 1995, 44-59; IDEM, *Le regard des autres*, pp. 137 ss. Además, al definir a Rómulo como aborigen, Mitridates ignora toda la tradición troyana de Roma, con lo que priva a ésta de su principal vínculo con el mundo griego.

¹⁵¹ Lucr., 5.925 ss. Cf. R. GODEL, «Virgile, Naevius et les Aborigènes», p. 279. En este sentido ya se manifestaba A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, vol. I.1, p. 201, quien la comparaba con la imagen tradicional de los ciclopes.

¹⁵² Catón, fr. 19 P = fr. I.19 Ch (= Lyd., *Mag.*, 1.5): ὡς φασιν ὁ τε Κάτων ἐν τῷ Περὶ Ῥωμαϊκῆς Ἀρχαιότητος Βάρρων τε ὁ πολυμαθέστατος ἐν Προοιμίῳ τῶν πρὸς Πομπήϊον ἀπὸ ἐγγραμμένων, Εὐάνδρου καὶ τῶν ἄλλων Ἀρκάδων εἰς Ἰταλίαν ἐλθόντων ποτὲ καὶ τὴν Αἰολίδα τοῖς βαρβάροις ἐνσπειράντων φωνήν.

¹⁵³ Pueden verse diferentes opiniones, con amplia bibliografía, en E. GABBA, «Il latino come dialetto greco», en *Miscellanea A. Rostagni*, Torino, 1963, 188-194; W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato*, pp. 176 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 446 ss.; C. LETTA, «L'Italia dei mores romani nelle Origines di Catone», pp. 428 ss.

campo lingüístico-literario sobre el Lacio primitivo. Es evidente que esta teoría del dialecto eolio como componente de la lengua latina reposa en última instancia en la tradición sobre la presencia de Evandro en el Lacio y las aportaciones que el héroe arcadio introdujo en la región, especialmente la escritura. La noticia era ya conocida por los primeros analistas, según el testimonio de Mario Victorino¹⁵⁴, quien menciona a Fabio Pictor, Cincio Alimento y Gn. Gelio, pero no a Catón. Pero tal omisión no implica necesariamente que este último ignorase la tradición sobre la escritura, pues Evandro sí es conocido por Catón¹⁵⁵, de manera que perfectamente, según palabras de C. Letta, muy crítico por otra parte frente a la veracidad del fragmento, «si può ammettere che egli [Catón] accennasse a una diffusione della conoscenza del greco nel Lazio da parte di Evandro»¹⁵⁶.

El fragmento suscita además dos cuestiones que tocan muy de cerca a los temas que ahora interesan. Por un lado, en él no se menciona expresamente a los aborígenes, sino que se habla de βάρβαροι. Teniendo en cuenta que Evandro en Italia se relaciona exclusivamente con el Lacio y que fueron los aborígenes aquellos que, según acuerdo unánime de la tradición, recibieron a Evandro, tales «bárbaros» no pueden ser otros que los aborígenes. Realmente no creo procedente que Catón utilizase la palabra *barbarus* —aunque poco antes está documentada en Plauto con un sentido similar al original griego¹⁵⁷—, considerando además que es muy probable que Lido sólo manejase a Varrón, donde se encontraría la referencia a Catón. Pero en cualquier caso, el empleo de este término refleja la idea generalizada sobre los aborígenes como gente salvaje e incivilizada, familiar asimismo a Catón. Por tanto, este hecho compromete de nuevo ese supuesto origen griego de los aborígenes, pues si estos eran unos «bárbaros» que desconocían la escritura o la lengua griega, difícilmente Catón podría concederles una procedencia helénica. Una segunda cuestión se plantea en que al tomar por auténtico, aunque sólo sea en su núcleo, este fragmento, se entraría en colisión con la afirmación anterior de que Catón hacía esperar a la llegada de los troyanos la aparición de las primeras manifestaciones de civilización en el Lacio. Sin embargo, no tiene por qué supo-

¹⁵⁴ Mar. Vict., *GLK*, VI.23.

¹⁵⁵ Catón, fr. 56 P = II.26 Ch (= Solin., 2.7), acerca de la fundación de Tibur.

¹⁵⁶ C. LETTA, «L'Italia dei mores romani nelle Origines di Catone», p. 429.

¹⁵⁷ Plaut., *Bacc.*, 121; *Most.*, 828.

nerse tal contradicción, ya que Eneas y Evandro se mueven en planos cronológicos no muy distantes entre sí, y especialmente en las tradiciones del siglo II a.C., como se observa en el relato del historiador cumano donde ambos héroes se presentan conjuntamente en el Lacio.

Otros fragmentos de Catón se centran en aspectos geográficos e históricos de los aborígenes, radicando aquí importantes novedades al extender la presencia de este pueblo a la vecina Sabina. Según la visión que proporciona Catón, los sabinos habitaban en un principio en la región de Amiternum, en la Sabina interna, desde donde iniciaron una expansión que les llevó hacia el oeste, expulsando a los aborígenes que ocupaban la cuenca de Reate, próxima al Lacio¹⁵⁸. En otro lugar, pero sin que sepamos su contexto, dice Catón que los aborígenes dominaron sobre la mayor parte del territorio que poseyeron los volscos¹⁵⁹. Este último fragmento indica que los aborígenes llegaron a poblar todo el Lacio, incluido su sector meridional, ya que la región mencionada en el texto se identifica generalmente con el *ager Pomptinus*¹⁶⁰, correspondiente en cierta medida con la localización propuesta en su momento por Licofrón. Relacionar estos fragmentos entre sí no es sencillo, pues además pertenecen a dos libros distintos de los *Origines*. En principio se podría pensar que los aborígenes ocuparon el Lacio tras haber sido expulsados por los sabinos de la región de Reate, de acuerdo con la reconstrucción propuesta por Varrón. Esta es la interpretación por la que se inclina D. Briquel¹⁶¹, tras considerar como menos probables otras

¹⁵⁸ Catón, fr. 50 P = fr. II.21 Ch (= Dion., 2.49.2-3): Κάτων δὲ Πόρκιος τὸ μὲν ὄνομα τῶ Σαβίνων ἔθνεϊ τεθῆναι φησιν ἐπὶ Σάβου τοῦ Σάγκου δαίμονος ἐπιχωρίου, τοῦτον δὲ τὸν Σάγκον ὑπὸ τινων πίστιον καλεῖσθαι Δία. πρώτην δ' αὐτῶν οἴκησιν ἀποφαίνει γενέσθαι κώμην τινὰ καλουμένην Τεστροῦναν ἀγχοῦ πόλεως Ἀμιτέρνης κειμένην, ἧς ἦς ὀρμηθέντας τότε Σαβίνους εἰς τὴν Ῥεατίνην ἐμβαλεῖν Ἀβοριγίνων ἅμα <Πελασγοῖς> κατοικούντων καὶ πόλιν αὐτῶν τὴν ἐπιφανεστάτην Κοτυλίας πολέμῳ χειρωσαμένους κατασχεῖν. ἐκ δὲ τῆς Ῥεατίνης ἀποικίας ἀποστείλαντας ἄλλας τε πόλεις κτίσαι πολλάς, ἐν αἷς οἰκεῖν ἀτειχίστοις, καὶ δὴ καὶ τὰς προσαγορευομένας Κῶρεις (el fragmento continúa proporcionando la medida de las distancias que separan la región de los mares Tirreno y Adriático).

¹⁵⁹ Catón, fr. 7 P = fr. I.5 Ch (= Prisc., *Gramm.*, V. 182 H; VI.230 H): *Agrum quem Volsci habuerunt campestris plerumque Aboriginum fuit.*

¹⁶⁰ A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, vol. I.1, p. 198, n. 1; W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato*, p. 111; D. MUSTI, «L'immagine dei Volsci nella storiografia antica», en *I Volsci* (QuadAeI 20), Roma, 1992, p. 28.

¹⁶¹ D. BRIQUEL, «Denys d'Halicarnasse et la tradition antique sur les Aborigènes», p. 25.

dos, una primera que situaría simultáneamente a los aborígenes en el Lacio y en la cuenca de Reate y la segunda que contemplaría un desplazamiento de este pueblo desde el Lacio hacia Sabina. La opción de nuestro colega francés suscita, sin embargo, algunas dificultades no fácilmente superables. Por un lado, se pueden invocar razones de economía narrativa, pues este fragmento se sitúa en el libro II de los *Origines*, cuando trata la historia del pueblo sabino, no la del Lacio, que ocupa el libro I, por lo que el acontecimiento no debió ser fundamental para la historia de los aborígenes según la relataba Catón. Naturalmente puede suceder que tal episodio fuese también narrado de manera extensa en el libro I, pero resulta extraño que Dionisio, que copia a Varrón, no mencione a Catón si ambos seguían la misma versión. Pero más importancia tiene sin duda una segunda cuestión, a saber ¿qué pueblo habitaba el Lacio previamente a la llegada de los aborígenes desde Sabina? Si se admite que Catón y Varrón coinciden, la respuesta no puede ser otra que los sículos, puesto que así lo propone el antiuario reatino, pero ninguno de los fragmentos de Catón alude a este último pueblo. Es más, la ciudad latina de Tibur, a la que Dionisio, siguiendo a Varrón, atribuye un origen sículo, según Catón fue fundada por el arcadio Catilo, compañero de Evandro¹⁶². Y no es ésta la única ocasión en que se observa una falta de acuerdo entre Catón y Varrón sobre el nacimiento de una ciudad: también respecto a Cures, fundada por los sabinos según el primero y por el aborígen Modio Fabidio en opinión de Varrón¹⁶³. Hasta donde podemos saber, Catón nada dice sobre sículos y pelasgos¹⁶⁴ en

¹⁶² Cat., fr. 56 P = fr. II.26 Ch (= Solin., 2.7); Dion., 1.16.5. Sobre las tradiciones relativas al origen de esta ciudad, M. T. LANERI, «Una strana narrazione catoniana sulla fondazione di Tivoli (in Solin. 2.7-8)», *Sandalion*, 18, 1995, 133-146; D. BRIQUEL, «La légende de fondation de Tibur», *ACD*, 33, 1997, 63-81; W. LAPINI, «Solino e la fondazione di Tivoli», *BStudLat*, 28, 1998, 467-477; A. MEURANT, «La valeur du thème gémellaire associé aux origines du Tibur», *RBPPhH*, 76, 1998, 37-73.

¹⁶³ Catón, fr. 50 P = fr. II.21 Ch (= Dion., 2.49.3); Varrón, en Dion., 2.48.

¹⁶⁴ El texto de Dionisio que transmite el fragmento de Catón relativo a la expulsión de los aborígenes de la región de Sabina (*supra* n. 158), al hablar de la población que existía en la cuenca reatina, tras la palabra Ἄβοριγίνων introduce un ἄμα que resulta de difícil comprensión, por lo que algunos editores, a partir de J. J. Reiske, restituyen Ἄβοριγίνων ἄμα Πελασγοῖς. Pero tal reconstrucción no resulta satisfactoria, puesto que en definitiva se basa en la creencia de que Catón, como luego Varrón, admitía la convivencia de aborígenes y pelasgos en Sabina, lo cual en modo algunos puede ser demostrado por otras vías.

el Lacio, lo cual puede ser una coincidencia debida al estado fragmentario en que nos ha llegado su obra, pero también entra en lo posible que tal silencio sea resultado del hecho de que estos pueblos todavía no habían sido plenamente integrados en las tradiciones romanas como sendas capas de población mítica.

De especial interés se presenta el vínculo que establece Catón entre aborígenes y sabinos, pues aunque aparezcan como enemigos, entre ambos existen elementos comunes de no escasa importancia. Por ello se hace necesario tratar, aunque brevemente, sobre el origen del pueblo sabino, acerca del cual se conocen dos fragmentos de Catón en principio contradictorios, pues lo relacionan con dos epónimos diferentes, Sabino, hijo de una divinidad indígena, y Sabo, un lacedemonio emigrado. Las cuestiones que plantean estos fragmentos, enmarcados en un contexto más general que abraza diferentes opiniones y planteamientos de los antiguos acerca del pueblo sabino, han dado lugar en los últimos tiempos a una intensa discusión con interesantes aportaciones desde todos los puntos de vista¹⁶⁵, debate en el que no pretendo entrar. Para los fines que aquí se persiguen, el aspecto más importante es aquél relativo al origen del pueblo sabino desde la perspectiva de Catón y lo que esto significa. En el primero de los fragmentos¹⁶⁶ Catón utiliza una fuente local y en él se dice que los sabinos fueron así llamados por el héroe indígena Sabino, hijo del dios Sanco, identificado comúnmente al latino *Dius Fidius*¹⁶⁷; el contenido del texto no

¹⁶⁵ Sin ánimo de catálogo, deben recordarse J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins à travers l'oeuvre de Caton, de Cn. Gellius, de Varron, d'Hygin et de Strabon», en *Études Étrusco-Italiques*, Louvain, 1963, 155-225; C. LETTA, «I mores dei Romani e l'origine dei Sabini in Catone», en *Preistoria, storia e civiltà dei Sabini*, Rieti, 1985, 15-34; D. MUSTI, «I due volti della Sabina: sulla rappresentazione dei Sabini in Varrone, Dionigi, Strabone, Plutarco», *DdA*, 3.2, 1985, 77-86 (= *Strabone e la Magna Grecia*, 235-257); G. TRAINA, «Roma e l'Italia», pp. 619 ss.; D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 140 ss.; IDEM, «La tradizione letteraria sull'origine dei Sabini: qualche osservazione», en *Identità e civiltà dei Sabini*, Firenze, 1996, 29-40.

¹⁶⁶ Catón, fr. 50 P = II.21 Ch (= Dion., 2.49.2). El texto se encuentra en la n. 158.

¹⁶⁷ Var., *L. L.*, 5.66; Dion., 4.58.4; Ovid., *Fast.*, 6.213 ss.; Fest., 276L: cf. J. POU CET, «Semo Sancus Dius Fidius, une première mise à point», *RecPhLing*, 3, 1972, 53-63. En el texto transmitido por Dionisio figura *Zeus Pistios*, lo que sin duda hay que interpretar como directa traducción griega del latín *Fidius*, pero que asimismo evoca un epíteto divino itálico, como se puede ver en la *Patanai Pilstiai* de la tabla samnita de Agnone (E. SCHWEYZER, «Zur Bronze von Agnone», *RhM*, 84, 1935, pp. 11 ss.; G. DEVOTO,

específica de manera explícita la autoctonía de los sabinos¹⁶⁸, pero mucho menos puede utilizarse como prueba de un origen extranjero. En el segundo de los fragmentos¹⁶⁹ el indígena Sabino es sustituido por el espartano Sabo, del que no se ofrece ninguna otra información¹⁷⁰. ¿Cómo entender esta tradición? Por un lado, se podría pensar que los sabinos son lacedemonios, que se instalaron en la región conducidos por Sabo, formando un nuevo pueblo que fue denominado a partir de su guía, según un mecanismo que cuenta con numerosos paralelos. Pero también es posible que sobre una población ya existente en la Sabina, se asentase un espartano, o un pequeño grupo de ellos, que por su superior nivel de civilización impuso sus propios criterios. Esta segunda opción parece la más probable, puesto que el mismo Dionisio recuerda una tradición local que hablaba sobre un grupo de espartanos que, descontentos con la legislación de Licurgo, abandonaron su patria y acabaron instalándose entre los sabinos, a los que transmitieron algunas de sus costumbres más señaladas, como el valor guerrero, la frugalidad y la seriedad que preside todos sus actos¹⁷¹. La relación entre lacedemonios y sabinos, nacida en virtud de la austeridad de sus respectivos modos de vida, es ciertamente antigua, anterior en todo caso a Catón y muy anclada en las propias tradiciones locales: incluso la primera versión

«Il panteon di Agnone», *SE*, 35, 1967, pp. 189 ss.) y sobre todo en el Ζωῦητι Πιζητι de la inscripción RV-19 del santuario lucano de Rossano di Vaglio: M. LEJEUNE y (D. ADAMESTEANU), «Il santuario lucano di Macchia di Rossano di Vaglio», *MemAccLinc*, 16, 1971, pp. 69 ss., quien sin embargo prefiere interpretar *Ioui Fonti*; por el contrario más acertado V. PISANI, «La rappresentazione di «f» e l'iscrizione di Mogliano», *Glotta*, 52, 1974, p. 128, quien ve aquí un equivalente de *Fidio*.

¹⁶⁸ Por esta opinión se inclina D. BRIQUEL, «La tradizione letteraria sull'origine dei Sabini», pp. 35 ss.

¹⁶⁹ Catón, fr. 51 P = II.22 Ch (= Serv. auct., *Aen.*, 8.638): *Cato autem et Gellius a Sabo Lacedaemonio trahere eos originem referunt. Porro Lacedaemonios durissimos fuisse omnis lectio docet. Sabinorum etiam mores populum Romanum secutum idem Cato dicit: merito ergo 'severis', qui et a duris parentibus orti sunt, et quorum disciplinam victores Romani in multis secuti sunt.*

¹⁷⁰ Una versión posterior, atribuida a Julio Higino (fr. 9 P = Serv. auct., *Aen.*, 8.638), hace de Sabo un persa, quien tras haber pasado por Esparta, llegó a Italia y colonizó la región de Sabina una vez expulsados los sículos. Se trata indudablemente de una versión secundaria, reelaboración de la anterior, destinada a explicar ciertos paralelismos toponímicos entre la Sabina y el mundo oriental: J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 203 ss.

¹⁷¹ Dion., 2.49.4-5.

de Catón no está al margen de una perspectiva espartana¹⁷². El tema de la incidencia de las instituciones lacedemonias en Italia se eleva a finales del siglo IV a.C. y tiene su origen en la propaganda de Tarento, necesaria en su política de proximidad a la confederación samnita, invocándose al respecto no sólo una *syngheneia* entre Esparta, metrópolis de Tarento, y los itálicos, sino también el valor guerrero y la moralidad como fundamento de la sociedad¹⁷³. Pero estas tradiciones se refieren fundamentalmente a los samnitas, no a los sabinos, aunque estos últimos se vieron incluidos en el mismo conjunto por su condición de origen de todos los pueblos sabélicos. Por tanto, hemos de pensar que hasta el siglo III no se crean e introducen en ambiente sabino los vínculos que les atarán a los espartanos.

La actitud de Catón frente a la supuesta influencia lacedemonia sobre los sabinos no debió ser desfavorable, puesto que representaba un conjunto de valores con los que él se identificaba¹⁷⁴, pero de ahí a aceptar para los sabinos un origen espartano, media una gran distancia. No se trata, sin embargo, de negar que Catón conociese la versión espartana, que todo se limita a un error del comentarista de Virgilio que transmite el fragmento¹⁷⁵. El historiador romano pudo perfectamente incluir en su relato ambas tradiciones, ya que una y otra confluyen en un mismo punto: las costumbres austeras de los sabinos¹⁷⁶. Pero la versión espartana hay que

¹⁷² Cf. C. LETTA, «I mores dei Romani e l'origine dei Sabini in Catone», pp. 32 ss., quien señala cómo las ciudades abiertas fundadas por Sabino recuerdan a Esparta, arquetipo de ciudad sin murallas. Véase asimismo Plut., *Rom.*, 16.1.

¹⁷³ Entre estas tradiciones destaca la referida a los samnitas y transmitida por Estrabón, 5.4.12 (C. 250). Véanse sobre este asunto las interesantes observaciones de J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, pp. 454 ss.; M. SORDI, «I Sanniti fra Roma e i Greci nel IV sec. a.C.», *Abruzzo*, 13, 1975, 95-100; A. MELE, «Il pitagorismo e le popolazioni anelleniche d'Italia», *AION(arch)*, 3, 1981, 61-69; D. MUSTI, «La nozione storica di Sanniti nell fonti greche e romane», pp. 203 ss.; E. DENCH, *From Barbarians to New Men*, Oxford, 1995, pp. 53 ss.

¹⁷⁴ Cf. por ejemplo el fr. 83 P = fr. IV. 7 Ch (= Gell., *Noct. At.*, 3.7.1-19) a propósito de Leónidas.

¹⁷⁵ Así, J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 160 ss.; S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, vol. II, p. 90.

¹⁷⁶ Por una convivencia de ambas versiones en Catón se muestran, entre otros, L. MORETTI, «Le Origines di Catone, Timeo ed Eratostene», *RFIC*, 80, 1952, p. 293; C. LETTA, «L'Italia dei mores romani nelle Origines di Catone», pp. 432 ss.; IDEM, «I mores dei Romani e l'origine dei Sabini in Catone», pp. 30 ss.; D. MUSTI, «I due volti della Sabina», p. 85 (= *Strabone e la Magna Grecia*, pp. 253 ss.); D. BRIQUEL, «La tradizione letteraria sull'origine dei Sabini», pp. 30 ss.

entenderla no como la principal, sino como «refuerzo» por las concepciones que se extraen de ella. El discurso de Catón sobre el origen de los sabinos probablemente hay que integrarlo en una actitud de rechazo hacia Fabio Pictor, quien presentaba a este pueblo como amante de la riqueza, contra lo que se levanta Catón defendiendo la postura contraria, esto es el carácter serio y adusto de los sabinos, algo que no les viene de su supuesta procedencia espartana, sino por ser un pueblo itálico, es decir autóctono¹⁷⁷. En este sentido, es muy fuerte la tentación de ver las ideas de Catón reflejadas en Estrabón, quien habla de los sabinos como una raza antigua y autóctona¹⁷⁸.

La consideración de los sabinos como autóctonos, lo que trae consigo la práctica de una vida austera, ajena a la riqueza y a la molicie, le permite a Catón establecer un paralelismo con los aborígenes, asimismo autóctonos y al margen de la civilización, de donde pueden extraerse conclusiones ideológicas de no escaso interés. Sin entrar a valorar la existencia de una idea de «pansabinismo» en Catón, parece indudable que la visión que ofrece sobre los aborígenes reviste una fuerte impregnación de sabinismo. La participación de los sabinos en la formación de Roma estaba completamente asumida por los antiguos, pero se localizaba en la primera Roma, la de Rómulo. Catón intenta llevarla más lejos en el tiempo y para ello nada mejor que recurrir a los aborígenes, situados en los mismos comienzos de la historia del Lacio. El emplazamiento de este primitivo pueblo en la Sabina pretende, en cierto sentido, hacerle partícipe de las características históricas del territorio y de sus habitantes. Catón coloca en un mismo plano cronológico a sabinos y a aborígenes, con lo cual afirma la mayor antigüedad de los primeros sobre el pueblo latino, que no nace sino tras la llegada de Eneas y los troyanos. Pero esta primacía en el tiempo incluye otro aspecto de gran importancia para Catón. Las virtudes y valores de los

¹⁷⁷ Fabio, fr. 8 P = fr. 10 Ch (= Dion., 2.38.3). En este sentido, S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, vol. II, pp. 89 ss.; C. LETTA, «L'Italia dei mores romani nelle Origines di Catone», pp. 435s; D. MUSTI, «I due volti della Sabina», pp. 78 ss. (= *Strabone e la Magna Grecia*, pp. 238 ss.).

¹⁷⁸ Str., 5.3.1 (C. 228): ἔστι δὲ καὶ παλαιότατον γένος οἱ Σαβῖνοι καὶ ἀυτόχθονες. Así, J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 213 ss.; D. MUSTI, «I due volti della Sabina», pp. 83 ss. (= *Strabone e la Magna Grecia*, pp. 250 ss.). En contra, D. BRIQUEL, «La tradizione letteraria sull'origine dei Sabini», p. 30.

sabinos son los mismos que Catón atribuye al pueblo romano¹⁷⁹, que en su papel de potencia dominante, debe alzarse como ejemplo de moralidad en oposición al mundo griego, causante de la introducción en Italia de la *tryphe* y la *luxuria*, prácticas diametralmente opuestas a los principios que subyacen en las *mores* tradicionales de Roma¹⁸⁰. Los aborígenes participaban también de este universo, pues cuando Catón habla de ellos como gentes de escasa civilización, al momento surge una comparación con los sabinos y sus virtudes: al igual que estos, los aborígenes definían asimismo un pueblo antiguo y autóctono, escaso de recursos pero en posesión de grandes valores morales. Las virtudes tradicionales de los romanos proceden pues de los sabinos, pero también de los aborígenes, que constituyen la cepa del pueblo latino y al tiempo participan de la esencia del carácter sabino.

5. VARRÓN Y DIONISIO DE HALICARNASO.

Como acabamos de ver, en cierto sentido Catón defendía una visión sabino-céntrica de la prehistoria de Italia¹⁸¹, idea que tiene un cualificado continuador en Varrón. Nacido en la ciudad sabina de Reate, Varrón eleva su región de origen a la condición de centro de Italia, de manera que no sólo los otros pueblos de la península proceden de esta zona¹⁸², sino que asimismo la propia Roma tiene sus raíces en la cuenca reatina, para lo cual recurre, como no podía ser de otra forma, a los aborígenes. En este punto Varrón enlaza con la reconstrucción de Catón, con la cual coincide en algunos aspectos de importancia, aunque también se distancia de su ante-

¹⁷⁹ Catón fr. 51 P = fr. II.22 Ch (Serv. auct., *Aen.*, 8.638): *Sabinorum etiam mores populum Romanum secutum idem Cato dicit.*

¹⁸⁰ Véase C. LETTA, «L'Italia dei *mores romani* nelle *Origines* di Catone», pp. 19 ss., quien destaca la paradoja que se observa al respecto en Catón. Cf. sin embargo las observaciones de E. S. GRUEN, *Culture and National Identity in Republican Rome*, pp. 52 ss., 69 ss.

¹⁸¹ Cf. C. LETTA, «L'Italia dei *mores romani* nelle *Origines* di Catone», pp. 418 ss.

¹⁸² Véanse al respecto J. COLLART, *Varron grammairien latin*, Paris, 1954, pp. 230 ss.; J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 175, 198 ss.; D. BRIQUEL, «La zona reatina, centro dell'Italia: una visione della penisola alternativa a quella romana», en *La Salaria in età antica*, Roma, 2000, pp. 81 ss.

cesor. Al escribir un siglo más tarde, Varrón recoge nuevas tradiciones, desconocidas o ignoradas a propósito por Catón, que le llevan a configurar un panorama sobre la prehistoria del Lacio bastante más complejo, incluyendo la participación de pueblos que parecen haber estado ausentes en Catón, como los sículos y los pelasgos, lo que por fuerza ha de influir en su visión sobre los aborígenes. Lo esencial de nuestros conocimientos sobre la cuestión nos llega sobre todo a través de Dionisio de Halicarnaso, quien utiliza de manera amplia a Varrón para elaborar su relato sobre el más antiguo poblamiento del Lacio y de la Sabina. Sin embargo, no todo lo que se lee en Dionisio acerca de los aborígenes procede de Varrón, pues el historiador griego aporta innovaciones de no escaso calado surgidas de su propia investigación. En síntesis, aunque sabemos que Varrón hablaba profusamente sobre los aborígenes¹⁸³ —recuérdese cómo la exposición sobre las diferentes etimologías acerca de su nombre que se lee en Dionisio y en la *OGR* tiene su referente en Varrón—, no es fácil hacerse una idea clara sobre cuál era la visión exacta que tenía sobre este legendario pueblo.

A tenor de lo que dice Dionisio, que invoca la autoridad de Varrón, los aborígenes ocupaban en un principio la cuenca de Reate, pero no ofrece información alguna acerca de su origen. Dionisio defendía la tesis de la procedencia griega, invocando al respecto la autoridad de Catón, pero no la de Varrón, que constituye su fuente fundamental, de donde es posible suponer que este último no se inclinaba por la misma opinión. Otros indicios, como la idea de Cutilia como centro de Italia, según veremos, o la explicación a través del eolio, y vinculado a la presencia de los pelasgos, de ciertos topónimos de la cuenca reatina, inducen a pensar que para Varrón los aborígenes eran autóctonos, lo que parece confirmarse por un pasaje de Isidoro¹⁸⁴. Pero esta autoctonía de los aborígenes es diferente a la concepción

¹⁸³ Sobre los aborígenes, Varrón trataba en dos obras distintas, *De gente populi Romani* y *Antiquitates rerum humanarum*: cf. J.-C. RICHARD, «Varron, l'Origo gentis Romanae et les Aborigènes», p. 31.

¹⁸⁴ Isid., *Etym.*, 9.2.74: *Pelasgi nominati. quia cum velis passis verno tempore advenisse Italiam visi sunt et aves. Primo enim eos Varro Italiam adpulisse commemorat.* A favor de la idea de la autoctonía se encuentran entre otros F. DELLA CORTE, «L'idea della preistoria in Varrone», en *Atti Congresso Internazionale di Studi Varro-niani*, Rieti, 1976, vol. I, pp. 113 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp., 473 ss.; E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, Berkeley, 1991, p. 114;

tradicional, ya que no es latina sino reatina: en otras palabras, los aborígenes no son autóctonos del Lacio, a donde tan sólo llegan como emigrados y se establecen tras expulsar a los sículos, considerados entonces como los pobladores más antiguos de la región latina. En su lugar de origen, los aborígenes habitaban una serie de ciudades cuya relación detalla Dionisio¹⁸⁵. En medio de esta descripción, dice que la metrópolis de los aborígenes, la ciudad de Lista, fue conquistada por los sabinos y tras intentar en vano recuperarla, sus antiguos poseedores consagraron el territorio a los dioses para atraer la maldición divina sobre aquellos que se aprovecharan de sus frutos¹⁸⁶. Esta noticia parece coincidir con la visión de Catón acerca de la expulsión de los aborígenes de la región de Reate por parte de los sabinos, pero en el relato de Dionisio tan sólo se habla de Lista y como señala J. Poucet, «des autres cités aborigènes et notamment de la zone de Réate, aucun texte conservé de Varron ne la retrace»¹⁸⁷. Es más, inmediatamente después Dionisio narra la llegada de los pelasgos y su encuentro con los aborígenes en el lago Cutilia¹⁸⁸, tradición que, como veremos, toma en parte de Varrón. A primera vista puede pensarse en una contradicción, puesto que si los aborígenes habían sido expulsados por los sabinos de la zona reatina, difícilmente podrían encontrarse después con los pelasgos en esta misma región; además los sabinos no vuelven a aparecer en el relato de Dionisio hasta el libro II, cuando hace un inciso acerca de diferentes versiones sobre el origen de este pueblo¹⁸⁹. Pero más probable es que Varrón se refiriese a estos dos hechos en obras diferentes o mejor en dos ocasiones distintas, aunque en cualquier caso situaría la conquista de la región reatina por los sabinos después del encuentro de aborígenes y pelasgos.

Haciéndose eco de tradiciones ya por completo asentadas y de las cuales Catón no da noticia cierta, Varrón consideraba que el Lacio estaba

L. DESCHAMPS, «Pourquoi Varron situe-t-il au Lac de Cutilia l'Ombilic de l'Italie?», *Euphrosyne*, 20, 1992, p. 305. Por su parte, J.-C. RICHARD, «Varron, l'*Origo gentis Romanae* et les Aborigènes», pp. 32 ss., defiende la idea del origen griego, pero sus argumentos no son muy firmes.

¹⁸⁵ Dion., 1.14-15. Cf. J. POUCKET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 177 ss.

¹⁸⁶ Dion., 1.14.6.

¹⁸⁷ J. POUCKET, «Les origines mythiques des Sabins», p. 182.

¹⁸⁸ Dion., 1.19.2-20.2.

¹⁸⁹ Dion., 2.48-49.

habitado en un principio por los sículos, contra los cuales guerrearon los aborígenes, solos y ayudados por los pelasgos¹⁹⁰, hasta expulsarles del territorio. Según Dionisio, en un pasaje de clara influencia varroniana, una de las formas utilizadas por los aborígenes para presionar sobre los sículos asumía la forma del *ver sacrum*¹⁹¹, costumbre característica de los pueblos itálicos invocada como mecanismo generalizado de su expansión por toda la península. El punto de partida de este *ver sacrum* fue sin duda Cutilia, considerada por Catón como la más famosa de las comunidades aborígenes y cuya conquista por los sabinos significa el comienzo del fin de ese pueblo en la región¹⁹². El mismo Varrón la consideraba como el «ombligo» de Italia¹⁹³, lugar por tanto muy apropiado para producirse ese encuentro entre aborígenes y pelasgos en cumplimiento de un oráculo, como veremos con mayor detenimiento en un próximo capítulo. Por haber «nacido» a consecuencia de un *ver sacrum*, los aborígenes fueron también llamados «sacranos», según se lee en un pasaje de Festo que recuerda muy de cerca a Varrón¹⁹⁴. El término *Septimontium* es una referencia a Roma, pero a una Roma todavía inexistente, anterior a Rómulo, de manera que hay que entenderlo como expresión de un antiquísimo poblamiento asentado en el mismo solar donde mucho más tarde se levantará la ciudad¹⁹⁵.

¹⁹⁰ Dion., 1.16, 20.4.

¹⁹¹ Dion., 1.16.1-4. Sobre el particular, P. M. MARTIN, «Contribution de Denys d'Halicarnasse à la connaissance du *uer sacrum*», cit.; D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues», pp. 101 ss.

¹⁹² Catón, fr. 50 P = II.21 Ch (= Dion., 2.49.2).

¹⁹³ Plin., *Nat. Hist.*, 3.109: *in agro Reatino Cutiliae lacum, in quo fluctuetur insula, Italiae umbilicum esse M. Varro tradit*; Solin., 2.6: *umbilicum, ut Varro tradit, in agro Reatino habet*. Sobre el particular recientemente, L. DESCHAMPS, «Pourquoi Varron situe-t-il au Lac de Cutilia l'Ombilic de l'Italie?», cit.; D. BRIQUEL, «La zona reatina, centro dell'Italia», pp. 83 ss.

¹⁹⁴ Fest., 424L: *Sacrani appellati sunt Reate orti, qui ex Septimontio Ligures Siculosque exegerunt; nam vero sacro nati erant*; Var., *L. L.*, 5.53: *<alii quod Palatini>, Aborigines ex agro Reatino, qui appellatur Palatium, ibi conse<de>runt*. Palatium figura en la mencionada lista varroniana de las ciudades aborígenes.

¹⁹⁵ El empleo del término *Septimontium* con connotaciones históricas, al margen de la fiesta que con ese nombre se celebraba el 11 de diciembre (Fest., 458L; 474-476L, donde se invoca a Antistio Labeo; Paul. Fest., 459L), parece indicar asimismo una dependencia de Varrón, pues hasta donde sabemos fue éste el primero que hablaba del *Septimontium* como una pre-Roma (Var., *L. L.*, 5.41). Sobre el particular, J. POU CET, «Le Septimontium et la Succusa chez Festus et Varron. Un problème d'histoire et de topographie

Existió pues una pre-Roma aborígen cuyas raíces se localizaban en la cuenca reatina.

Al margen de su contenido general, este texto ofrece un interés añadido. Se trata de la mención de los *Sacrani*, pues no es ésta la única ocasión en que se documenta el término, ya que de nuevo aparece en Virgilio y más tarde en sus comentaristas. Uno de estos últimos, el interpolador a Servio, menciona a los sacranos en la serie de pueblos que sucesivamente habrían habitado el sitio de la futura Roma¹⁹⁶. Pero lo singular es que rompe la identificación entre sacranos, que parecen obtener una personalidad propia, y aborígenes, a la vez que establece una distinción cronológica entre sículos y ligures. Sin duda tiene razón D. Briquel al considerar la noticia como una «extrapolation à partir de la doctrine plus simple offerte par Festus»¹⁹⁷. Mayor interés despierta el testimonio de Virgilio, quien al enumerar los diferentes contingentes armados que seguían a Turno, caracteriza a uno de ellos con la expresión *Sacrae acies*¹⁹⁸. Es evidente que el poeta se refiere a un grupo determinado de individuos, quizá con una caracterización étnica como parece deducirse del contexto, pero de muy difícil identificación. El comentarista Servio ofrece dos explicaciones¹⁹⁹. Según la primera, los sacranos serían descendientes de un tal Coribante, propietario de una región próxima a Roma donde en fechas antiquísimas existía un culto a la Magna Mater. Pero se trata de una elaboración sumamente artificial y sin duda tardía, que en nada se corresponde con las ideas de Virgilio. Este menciona una sola vez a los coribantes a propósito de la llegada de Cibele a Frigia desde la isla de Creta²⁰⁰, pero siendo esta diosa una de las principales valedoras de Eneas,

romaines», *BIBR*, 32, 1690, pp. 26 ss.; R. GELSOMINO, *Varrone e i sette colli di Roma*, Roma, 1975.

¹⁹⁶ Serv. auct., *Aen.*, 11.317: [*Siculi*] a *Liguribus pulsi*, *Ligures a Sacrani*, *Sacrani ab Aboriginibus*.

¹⁹⁷ D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues», pp. 101 ss.

¹⁹⁸ Verg., *Aen.*, 7.794-796: *Argivaque pubes / Auruncaeque manus, Rutuli veteresque Sicani, / et Sacrae acies et picit scuta Labici*.

¹⁹⁹ Serv., *Aen.*, 7.796: *sacrae acies dicunt quendam Corybantem de Creta venisse ad Italiam et tenuisse loca, quae nunc urbi vicina sunt, et ex eo populos ducentes originem Sacranos appellatos; nam sacrati sunt matri deum Corybantes. alii Sacranas acies Ardeatum volunt, qui aliquando cum pestilentia laborarent, ver sacrum voverunt, unde Sacrani dicti sunt*.

²⁰⁰ Verg., *Aen.*, 3.111.

no parece que nada que la rodea pueda figurar entre los enemigos de su protegido. La segunda es más interesante, pues identifica a los sacranos con los habitantes de Ardea, así llamados por haber nacido como consecuencia de un *ver sacrum*. Pero Ardea era la «capital» de los rútuos, pueblo sobre el que reinaba Turno y quien, al decir de Virgilio, tenía a esa ciudad como su patria²⁰¹.

Esta interpretación de Servio encuentra un extraordinario paralelo en unos versos de Silio Itálico, que pueden servir de vínculo entre el poeta y su comentarista. Al exponer el catálogo de las tropas de los cónsules romanos en la batalla de Cannas, en un pasaje de clara inspiración virgiliana, Silio se refiere a los rútuos con las expresiones *Faunigenae* y *sacra manus*, menciona a los sicanos como sus aliados y los relaciona con los laurentes²⁰², parentesco este último que es asimismo afirmado por Virgilio²⁰³. Ahora bien, la consideración de los rútuos como descendientes de Fauno y su caracterización como *sacrani* inevitablemente nos hacen pensar en los aborígenes, de forma que si bien en las anteriores noticias de Festo y del interpolador a Servio los sacranos figuran explícitamente referidos a Roma, nada impide que otras versiones hayan extendido esta idea a otras ciudades del Lacio, entre ellas Ardea²⁰⁴, habida cuenta que los aborígenes no representan un concepto exclusivamente romano sino latino. A partir de estos datos, siempre a título de hipótesis y teniendo presente la licencia poética, quizá no sería aventurado ver en la expresión *Sacrae acies* una alusión al núcleo de las fuerzas de Turno, es decir a rútuos y laurentes en general, gentes estas últimas que no se encuentran bien definidas en Virgilio²⁰⁵. Además, los reyes laurentes de Virgilio no son otros que, en autores contemporáneos, son considerados reyes de los aborígenes. Con esto no se quiere decir que deba aceptarse que Virgilio compartiese el «sabinismo» de Varrón sobre el Lacio primitivo²⁰⁶, y menos toda-

²⁰¹ Verg., *Aen.*, 9.738; 12.45; en Ardea se encontraba el palacio de Turno: *Aen.*, 9.411 ss.. Véanse asimismo Catón, fr. 58 P = fr. II.28 Ch (= Prisc., *Gramm.*, 4.129H): *Ardeatis Rutulus*; Ovid., *Met.*, 14.573 ss.; Str., 5.3.5 (C. 232).

²⁰² Sil. Ital., *Pun.*, 8.356 ss.: *Faunigeane socio bella invasere Sicano / sacra manus Rutuli, servant qui Daunia regna / Laurentique domo gaudent et fonte Numici*.

²⁰³ Verg., *Aen.*, 12.40. Cf. F. DELLA CORTE, *La mappa dell'Eneide*, p. 206.

²⁰⁴ Cf. G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, vol. I, p. 256, n. 66.

²⁰⁵ Véase N. HORSEFALL, «Laurentes», en *Enc. Virg.*, Roma, 1987, vol. III, pp. 141 ss.

vía que esas *Sacrae acies* procediesen de Sabina²⁰⁷. Pero es indudable que al igual que sucede con el concepto de aborígenes, que Virgilio no termina de asumir de manera explícita aunque su presencia se intuye, la idea de una relación de los sabinos con el Lacio primitivo se encuentra latente en los versos del poeta. Y esto es así no sólo por esta velada cualificación de los rútilos/laurentes como *sacrani*, lo que inevitablemente conduce a la visión de Varrón sobre la llegada de los aborígenes al Lacio, sino también por la inclusión de la estatua de Sabino entre aquellas que adornaban el palacio de Pico y que representaban a los primitivos reyes latinos²⁰⁸.

La visión varroniana sobre los aborígenes coincide con la de Catón en aspectos de especial interés. Ambos situaban el núcleo de este pueblo en la misma región, la cuenca reatina, de donde habrían sido expulsados por los sabinos. Pero esta condición de enemigos no puede ocultar una cierta proximidad entre aborígenes y sabinos, que no hay que comprender exclusivamente en un sentido geográfico, sino sobre todo cultural²⁰⁹. El recurso al *ver sacrum* como mecanismo del desplazamiento de los aborígenes hacia el Lacio supone la atribución a estos últimos de una costumbre itálica, especialmente vinculada por la tradición a los sabinos²¹⁰. De igual manera se debe entender la inserción en el universo de los aborígenes de Tiora Matiene, localidad sabina sede de un conocido oráculo protagonizado por Picus Martius sólo explicable en un contexto itálico²¹¹. Para Varrón, al igual que sucede con Catón, Roma participa de la esencia sabina. La llegada de los aborígenes al Lacio, y más en concreto al solar de la futura Roma, asume la forma de una colonización que tiene su punto de partida

²⁰⁶ N. HORSFALL, «Sabini», en *EncVirg*, Roma, 1988, vol. IV, p. 628. En sentido opuesto se expresan M. G. BITTI y L. BRACCESI, «Virgilio e le città della Sabina», en *Conv. Naz. Studi Virgiliani*, Torino, 1984, pp. 161 ss.

²⁰⁷ J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, pp. 448 ss.; A. MONTENEGRO, *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitálica*, Salamanca, 1949, pp. 95 ss.; F. DELLA CORTE, *La mappa dell'Eneide*, pp. 233 ss.

²⁰⁸ Verg., *Aen.*, 7.177-181.

²⁰⁹ Cf. D. BRIQUEL, «La zona reatina, centro dell'Italia», p. 81.

²¹⁰ J. HEURGON, *Trois études sur le «ver sacrum»*, Bruxelles, 1957, pp. 5 ss.; G. DEVOTO, *Gli antichi Italici*, Firenze, 1969, p. 90; M. PALLOTTINO, *Genti e culture dell'Italia preromana*, Napoli, 1981, p. 87; E. DENCH, *From Barbarians to New Men*, pp. 185 ss.

²¹¹ Dion., 1.14.5, quien sigue a Varrón. Sobre el particular, P. M. MARTIN, «L'oracle aborigène de Mars à Tiora-Matiene. Essai de localisation et d'interprétation», *Caesarodunum*, 19, 1984, 203-216; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 432 ss.; 468, n. 54.

en la Sabina, de forma que los latinos, descendientes naturales de los aborígenes, deben reconocer en el *ager Reatinus*, su primitiva patria. Roma tiene por tanto unas raíces sabinas previas a su fundación y que se incrementarán, ya en época «histórica», con sus primeros reyes Rómulo y Numa Pompilio.

Un último autor en tratar ampliamente, y no exento de originalidad, sobre los aborígenes es Dionisio de Halicarnaso²¹². Su relato se compone de dos partes bien diferenciadas, la primera centrada en el origen y la segunda en la historia de este legendario pueblo en su primitivo solar itálico, la región de Sabina, y en las circunstancias que le llevaron a instalarse en el Lacio. Si en esta última parte Dionisio se inspira casi exclusivamente en Varrón, por el contrario el tratamiento que ofrece sobre la procedencia de los aborígenes es altamente original, al tiempo que demuestra estar muy bien informado, pues menciona diversas teorías, y deja constancia de su propia capacidad de investigación a partir de los datos de que dispone. Pero toda su labor está condicionada por una idea previa, que se convierte en una fijación obsesiva, como era demostrar la cualidad de Roma como πόλις Ἑλληνικὴ desde sus más remotos orígenes, de manera que todo su esfuerzo como historiador se subordina en función de este objetivo. Tal dependencia conlleva casi necesariamente una merma de objetividad y conduce en ocasiones a incurrir en ciertos descuidos e incluso en interpretaciones tergiversadas de sus fuentes.

En consonancia con las doctrinas desarrolladas por la etnografía griega acerca del origen de los pueblos, Dionisio²¹³ inicia su exposición sobre los aborígenes considerando las diferentes posibilidades que se le ofrecían: la autoctonía y la migración, desdoblando esta última en dos variantes de significado muy distinto entre sí, pues podía tratarse de una mezcla desorganizada de pueblos (μιγάδες) o de un pueblo único (ἐπίλυδες). Dionisio rechaza de entrada las dos primeras, ya que ninguna de ellas se ajusta a la idea de la helenidad de Roma. En efecto, un pueblo autóctono es bárbaro a no ser que se trate de griegos que nunca han abandonado su patria, lo que

²¹² Véase en general, E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, pp. 113 ss.; D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 125 ss.; IDEM, «Denys d'Halicarnasse et la tradition antiquaire sur les Aborigènes», cit.; F. MORA, *Il pensiero storico-religioso antico*, Roma, 1995, pp. 116 ss.

²¹³ Dion., I.10.

evidentemente no es el caso de los romanos. Respecto a la segunda, tampoco es satisfactoria. Dionisio identifica esta interpretación con la forma *Aberrigenes* y habla de una mezcla indiscriminada de gentes, vagabundos sin patria, que viven del robo y del pastoreo. Esta es a los ojos griegos una imagen negativa, aunque el pueblo en cuestión sea de estirpe helénica, pues carece de lo más esencial para participar de la auténtica civilización²¹⁴. Queda entonces la opción última, esto es considerar a los aborígenes como ἐπίλυδες, pero aquí se abren también dos posibilidades. Puede ser que el pueblo emigrante sea bárbaro, condición que se da en aquella tradición, ya discutida en páginas anteriores, según la cual los aborígenes eran colonos enviados por los ligures, inaceptable para Dionisio, por lo que la única solución posible era hacer de ellos emigrantes griegos.

La idea sobre la procedencia helénica de los aborígenes no es exclusiva de Dionisio, así como tampoco fue él el primero en manifestarla, pero sin duda sí la expuso con mayor firmeza que sus predecesores, aduciendo nuevos y fundamentados argumentos. Además, a Dionisio tampoco convenía presentarla como algo por completo original, pues para no ser tachado de interesado y suscitar con ello dudas sobre la veracidad de sus conclusiones, necesitaba sentirse arropado por la autoridad de historiadores más antiguos y de reconocido prestigio, griegos pero también latinos. En este sentido su punto de partida no podía ser otro que la aceptación del origen griego de los aborígenes por autores anteriores, tesis que Dionisio se compromete a investigar a fondo y demostrar su autenticidad, salvando así las carencias de sus ilustres predecesores. Entre estos, y en posición destacada, figura el nombre de Catón, quien como hemos visto difícilmente podía hacer suya tal opinión. Pero no parece que esta manipulación dejara a Dionisio con la conciencia por completo tranquila. Al proclamar el carácter griego de los aborígenes, nuestro historiador sabe que navega contracorriente, pues la idea dominante era aquélla que les tenía por autóctonos, defendida entre otros muchos por Varrón, su fuente principal para la segunda parte del relato y que por tanto no engarza bien con la primera. Por ello no puede sorprender que una vez concluida su demostración, Dionisio suscite dudas

²¹⁴ Cf. Dion., 14.6.5. Véase D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 136 ss., con referencias. Muy interesante asimismo M. SORDI, «Integrazione, mescolanza, rifiuto nell'Europa antica: il modello greco e il modello romano», en *Integrazione, mescolanza, rifiuto*, Roma, 2001, p. 17: «nella Grecia classica la purezza della stirpe è un vanto, l'appartenenza ad una popolazione mista è un segno di inferiorità».

sobre el valor de su propia reconstrucción, invitando al lector «a suspender su decisión hasta saber qué permanece de lo dicho y determinar qué opinión es la más probable»²¹⁵.

A pesar de todo, Dionisio ofrece en su demostración dotes no escasas de investigador, conforme naturalmente a los criterios vigentes en su época. En su opinión, los aborígenes no son sino enotrios, gentes procedentes de Arcadia, conclusión a la que llega utilizando argumentos tanto históricos como lingüísticos²¹⁶. Según antiguas tradiciones griegas, y por tanto no sometidas a sospecha, el héroe arcadio Enotrio abandonó su patria en desacuerdo con la herencia de su padre Licaón, y en compañía de su hermano Peucetio y de otros muchos compatriotas deseosos de tierra, condujo una expedición hacia Italia diecisiete generaciones antes de la guerra de Troya. Peucetio se asentó en el promontorio de los yápigas, en la costa del Adriático, dando origen al pueblo de los peucetios. Enotrio por su parte, con el grueso de los expedicionarios, se dirigió a la costa occidental de la península y ocupó mucha tierra deshabitada o poco poblada. La región pasó a llamarse Enotria y sus pobladores enotrios, que habitaban en pequeñas ciudades, próximas unas a otras, en las montañas. Para afirmar la validez de su narración, Dionisio invoca la autoridad de antiguos y afamados autores griegos, como Sófocles, Antíoco de Siracusa y Ferécides de Atenas, quienes se refieren a la situación de Enotria, a la condición de los enotrios como primeros habitantes de Italia y cómo Enotrio y Peucetio dieron nombre a sus respectivos pueblos²¹⁷.

El razonamiento de Dionisio es perfectamente lógico. Como es natural, él no pone en duda la veracidad de las tradiciones griegas relativas a las colonizaciones legendarias de Italia, pues se encuentran avaladas por la autoridad de prestigiosos historiadores. En consecuencia, si los aborígenes representan la más antigua capa de población helena asentada en el Lacio, necesariamente ésta debe estar en correspondencia con los primeros griegos llegados a Italia, que no son otros que los arcadios conducidos por Enotrio y Peucetio, según era reconocido de manera unánime. Entre las dos ramas surgidas de este movimiento, la elección no presentaba dificultad, pues

²¹⁵ Dion., 1.13.4; cf. E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, p. 115.

²¹⁶ Dion., 1.11.2-13.3.

²¹⁷ Sófocles, fr. 598 R (= Dion., 1.12.2); Antíoco, *FGH* 555F2 (= Dion., 1.12.3); Ferécides, *FGH* 3F156 (= Dion., 1.13.1). Sobre estas leyendas, J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, pp. 433 ss.

habiendo permanecido los peucetios en la costa oriental y los enotrios en la occidental, estos últimos se ofrecían como los candidatos idóneos. Además, aunque no sabemos con certeza si Dionisio conocía este detalle, tal elección permitía enlazar con tradiciones indígenas recogidas por Varrón, quien establece una proximidad entre enotrios y sabinos, si bien no en referencia a una visión etnográfica de la Italia primitiva sino por motivos pseudo-etimológicos²¹⁸. Para reforzar sus conclusiones, Dionisio aduce un nuevo argumento, esta vez de orden lingüístico: el nombre de aborígenes deriva de ὄρος, «montaña», puesto que estos arcadios emigrantes fundaron sus asentamientos en las alturas, de acuerdo con la costumbre imperante en su país de procedencia²¹⁹. Como señala D. Briquel, esta etimología no es una invención de Dionisio, pues también figura en el autor de la *OGR* y con un sentido totalmente distinto²²⁰. Sin duda, Dionisio ha tomado de Varrón este dato y lo ha interpretado proporcionándole un significado más acorde con sus objetivos.

Llegado a este punto, Dionisio enlaza con Varrón, de quien fundamentalmente depende en lo que resta de su exposición sobre los aborígenes: asentados en Sabina, en la cuenca de Reate, reciben a los pelasgos y son expulsados por los sabinos, desplazándose hacia el Lacio, región que ocupan tras arrojar de la misma a sus primitivos pobladores, los bárbaros y autóctonos sículos²²¹. Pero al vincular sus teorías a las opiniones de Varrón, quien como hemos visto muy probablemente defendía para los aborígenes un carácter autóctono en la región reatina, Dionisio se sitúa en un terreno más inseguro. El problema principal no es otro que explicar cómo los enotrios, en su desplazamiento marítimo, se establecen en la Sabina, separada del mar precisamente por el Lacio, sin ocupar previamente las tierras latinas. Dionisio lo resuelve con una frase que no resulta satisfactoria: «Pues según creo, los enotrios, además de ocupar muchas otras regiones de Italia,..., se asentaron en una parte del país de los umbros»²²². Mientras que el

²¹⁸ Serv., *Aen.*, 1.532: *Oenotria autem dicta est vel a vino optimo, quod in Italia nascitur, vel ut Varro dicit ab Oenotro, rege Sabinorum*. Sobre la cuestión, J. POUCKET, «Les origines mythiques des Sabins», pp. 191 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 614 ss.

²¹⁹ Dion., 1.13.3.

²²⁰ *OGR*, 4.1; D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 131 ss.

²²¹ Dion., 1.14-16; la relación con los pelasgos figura en 1.19-20.

²²² Dion., 1.13.3: τοὺς δὲ Οἰνώτρους τῆς τ' ἄλλης Ἰταλίας πολλὰ χωρία οἴομαι κατασχεῖν, τὰ μὲν ἔρημα, τὰ δὲ φαύλως οἰκούμενα καταλαβόντας, καὶ δὴ καὶ τῆς Ὀμβρικῶν γῆς ἐστὶν ἣν ἀποτεμέσθαι.

itinerario de los pelasgos desde su desembarco en las bocas del Po hasta su llegada a Cutilia es descrito minuciosamente por Dionisio²²³, nada dice éste sobre cómo se presentaron los enotrios en Sabina. Lo lógico sería pensar que primero habrían llegado a las costas del Lacio, como propone Solino, quien desde el Palatino romano desplaza a los aborígenes hacia la cuenca de Reate²²⁴. Quizá el silencio de Dionisio se deba a que en este asunto no contaba con precedentes, ya que la identificación de los aborígenes con los enotrios es producto de sus propias deducciones. Además, en la literatura etnográfica griega, ya desde el siglo V, la región de Enotria no alcanzaba un límite tan septentrional, sino que todo lo más se identificaba con el Bruttium y la Lucania²²⁵. Lo que hace Dionisio es trasladar el modelo de la colonización enotria en la Italia meridional, según las antiguas tradiciones griegas, a la Italia central, pero sin explicar claramente cómo tuvo lugar ese desplazamiento.

En definitiva, Dionisio atribuye a los aborígenes una procedencia griega, pero tal conclusión parece más un imperativo ideológico que no el resultado de una investigación neutra. Para este historiador lo fundamental y casi obsesivo era demostrar la prístina naturaleza helénica de Roma, lo cual le obliga a conceder tal origen a los primitivos pobladores que, de acuerdo con las tradiciones locales, habitaron en el Lacio, es decir los aborígenes. Este es precisamente su punto de partida, algo que no necesita demostración porque, en su opinión, ya era admitido por los más importantes entre los historiadores romanos, y sobre todo por Catón. El otro puntal sobre el que Dionisio apoya su trabajo es Varrón, quien consideraba a los sículos como habitantes más antiguos del Lacio y a los aborígenes,

²²³ Dion., 1.18.3-19.3.

²²⁴ Solin., 1.14; *Palatium... quod aliquamdiu Aborigines habitarunt, propter incommodum vicinae paludis, quam praeterfluens Tiberis fecerat, profecti Reate postmodum reliquerunt*; cf. sin embargo, D. BRIQUEL, «Denys d'Halicarnasse et la tradition antique sur les Aborigènes», p. 35, n. 39.

²²⁵ J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, pp. 435 ss.; B. D'AGOSTINO, «Il mondo periferico della Magna Grecia», en *PCLA*, Roma, vol. II, 1974, pp. 217 ss.; D. MUSTI, «Sanniti, Lucani e Brettii nella *Geografia* di Strabone», ahora en *Strabone e la Magna Grecia*, pp. 274 ss.; L. MATTEINI, «L'Italia nel περὶ Ἰταλίας di Antioco di Siracusa», *Helikon*, 18-19, 1978-79, pp. 294 ss.; F. PRONTERA, «*Imágenes Italiae*. Sulle più antiche visualizzazioni e rappresentazioni geografiche dell'Italia», *Athenaeum*, 74, 1986, pp. 305 ss.; M. AMERUOSO, «La visualizzazione geografica di Italia-Oinotria e Iapughia in Ecateo di Mileto e Antioco di Siracusa», *MGR*, 17, 1992, 65-133, esp. pp. 77 ss., 97 ss.

autóctonos de la cuenca de Reate, como emigrantes en la región latina. La auténtica investigación de Dionisio consiste entonces en integrar estas doctrinas romanas en el universo mítico-histórico griego, concluyendo en la identificación de los aborígenes con los primeros colonizadores egeos de la península itálica, es decir los enotrios. De esta manera completa y justifica la opinión de aquellos primeros historiadores romanos, adaptándola a los criterios vigentes en la investigación griega y proporcionándole así certificado de validez²²⁶, y al mismo tiempo se mantiene fiel a las tradiciones locales al aceptar en parte la visión defendida por Varrón. Pero tal mezcla difícilmente podía resultar por completo coherente.

²²⁶ Cf. A. DOMÍNGUEZ MONEDERO, «El tema de la colonización griega en las ‘Antigüedades Romanas’ de Dionisio de Halicarnaso», en *Homenaje S. Montero Díaz*, Madrid, 1989, 137-154, quien concluye acertadamente «que Dionisio hace una historia de una ciudad griega [Roma] y deforma los datos que posee en tal sentido» (p. 154).